

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

LA MUERTE JUEGA AL AJEDREZ


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

308 — Pesadilla de deseo y de sangre, *Burton Hare*.
309 — ¡Matad, Malditos, Matad!, *Clark Carrados*.
310 — No enterradme hasta morir, *Curtis Garland*.
311 — El archipiélago del horror, *Ralph Barby*.
312 — Las fauces del dragón, *Clark Carrados*.

JOSEPH BERNA

LA MUERTE JUEGA AL AJEDREZ

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 313
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 42.508 - 1978
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Dick Moore detuvo su coche, un «Simca-1200», marrón claro, frente a la gran casa que se alzaba a unos treinta kilómetros de Londres.

Había otros cuatro automóviles estacionados delante de la casa.

Estaba claro, pues, que había sido el último en llegar a la cita del viejo Conrad. Barry, Edward, Vera y Joyce se le habían adelantado.

No era de extrañar.

La cita del viejo Conrad olía a dinero, a montones de libras esterlinas, y Barry, Edward, Vera y Joyce tenían un excelente olfato.

También él lo tenía, no quería excluirse.

De no haber sido por Lorena Faye, una artista de «strip-tease», a la que había conocido hacia tan sólo un par de noches, hubiera llegado mucho antes.

Pero Lorena Faye, más conocida en el mundillo artístico por la Cobra, por lo increíblemente bien que se movía en la pista mientras se desvestía, se empeñó en hacer su número exclusivamente para él, en el apartamento de ella.

Dick trató de disuadirla, pues tenía un poco de prisa.

En realidad, había ido al apartamento de la artista a decirle simplemente que aquella noche no podría ir a recogerla al club donde ella trabajaba, pues había surgido un imprevisto.

Lorena, en lugar de dejarse disuadir, trató a su vez de disuadirle a él, y realizó el «numerito», con más arte y más sensualidad que en la propia pista.

Dick Moore, pese a su larga experiencia con mujeres, no pudo resistir la tentación y cayó en los brazos de La Cobra tan pronto como ella finalizó su número privado.

Lorena Faye, haciendo honor a su nombre artístico, se enrolló a él como una auténtica serpiente y no le soltó hasta un par de horas después.

Esta, y no otra, fue la causa de que Dick Moore llegara con retraso a la cita del viejo Conrad.

Conrad Winters era pariente lejano de Dick, Barry, Edward, Vera y Joyce, y éstos le llamaban siempre «tío Conrad».

El viejo Conrad no se había casado, y no tenía más parientes que ellos, por lo que, en buena lógica, toda su fortuna sería para sus sobrinos, cuando él falleciera.

Fallecimiento que, dada su avanzada edad y su delicado estado de salud —el corazón le había fallado ya en un par de ocasiones, y su médico dudaba mucho que pudiera sobrevivir si le fallaba de nuevo—, no estaba lejano.

La cita del viejo Conrad, pues, tenía forzosamente que estar relacionada con el testamento que, ante el temor de un tercer y definitivo ataque cardíaco, habría' hecho redactar.

De ahí la rapidez de sus cinco sobrinos en acudir a su cita. De cuatro de ellos, al menos.

Dick Moore, como ya se ha dicho, tuvo problemas con la Cobra, y llegaba

casi con una hora de retraso.

Seguro que el viejo Conrad le echaba una buena bronca, delante de todos.

Y con razón.

Tendría que darle alguna excusa convincente, para calmarlo.

Dick Moore saltó del coche y corrió hacia la puerta de la enorme casa, cuyo timbre hizo sonar.

Dick contaba veintisiete años de edad.

Alto, moreno, atlético, risueño, no mal parecido...

La clase de tipo, en suma, que gusta a las mujeres al primer golpe de vista, que las enamora cuando las trata con un poco de intimidad, y que las vuelve locas cuando esa intimidad se vuelve completa en la penumbra de una alcoba.

Lorena Faye podía dar fe de ello.

Mientras aguardaba, Dick Moore encendió un cigarrillo.

Justo en el instante en que expulsaba la primera bocanada de humo, la puerta se abrió y Richard, el mayordomo, un individuo que ya había cumplido los cuarenta, alto como una pértiga, delgado como un hueso, y con cara de vampiro, además, se dejó ver.

Dick no echó a correr, porque ya lo conocía, y no se asustó demasiado.

—Hola, conde Drácula —saludó, entrando en la casa.

—Bien venido, señor Moore —respondió respetuosamente el mayordomo, aunque sus ojos parecieron decir: « ¡Váyase al infierno, señor Moore!»

—No le habrán molestado mis palabras, ¿verdad? —carraspeó Dick.

—En absoluto, señor Moore —sonrió el mayordomo, mostrando unos dientes de lo más aptos para chupar sangre—. Sé que es usted un joven muy bromista.

Dick también sonrió.

—Me alegra que no se haya enfadado conmigo, Richard —dijo, dándole una palmadita en el hombro.

Suave, porque temía derribarlo.

—No se entretenga, señor Moore —rogó el esqueleto uniformado—. Su señor tío está un poco furioso por su tardanza —advirtió.

—¿Sólo un poco...?

—Bastante, diría yo —sonrió el mayordomo, mostrando de nuevo sus vampirescos dientes.

A Dick empezó a dolerle el cuello. Incluso se lo rozó con los dedos.

—¿Dónde está? —preguntó, procurando olvidarse de los afilados colmillos del mayordomo.

—En la biblioteca, junto con el señor Linder, el señor Banks, la señorita Gabor y la señorita Pickens —respondió Richard.

—Vaya, veo que no falta nadie.

—Sólo usted, señor Moore.

—Voy para allá en seguida.

Dick Moore echó a andar hacia la biblioteca.

Vestía un traje oscuro, hecho a la medida, una camisa clara, impecable, y

calzaba zapatos negros.

Al pasar por delante de un espejo, se detuvo un momento y se centró el nudo de la elegante corbata.

Instantes después, penetraba en la biblioteca, una pieza amplia y confortable.

Como había dicho e! esquelético mayordomo, allí estaban su tío y sus cuatro primos, todos acomodados en el largo sofá o en los mullidos y orejudos sillones.

—¡Vaya, hombre, por fin llegó! —exclamó Barry Linder, el mayor de los sobrinos de Conrad Winters. Tenía veintinueve años, era tan alto como Dick Moore, y mucho más corpulento.

—Buenas noches a todos —saludó cordialmente Dick, yendo directamente hacia su tío: —. ¿Cómo te encuentras, tío Conrad...? —se interesó, tomando la mano del enfermo cariñosamente.

—Estoy que corto clavos con los dientes —respondió Conrad Winters, haciendo destellar sus hundidos ojos.

Dick tosió.

—Siento haberme retrasado, tío Conrad.

—¡Ja!, dice que lo siente —exclamó Vera Gabor sarcástica. Dick Moore desvió los ojos hacia ella.

Veintitrés años de edad, rubia, hermosa, sensual...

Permanecía con las piernas cruzadas, tan descaradamente, que todos los presentes, a poco que se fijasen, podían descubrir que usaba un «slip» color lila.

—¿Lo dudas, Vera? —repuso Dick.

—Prefiero no contestarte —gruñó la apetecible rubia, y se llevó a los labios, rojos y llenos, el cigarrillo que estaba fumando.

—Sí, será mejor que te calles.

—Yo no me voy a callar —intervino Edward Banks, poniéndose en pie. Tenía veinticinco años, y era tan alto y tan fornido como Barry Linder.

Dick lo miró.

—¿Qué te pica a ti, Edward? —inquirió.

—Tío Conrad nos citó a las ocho, y son más de las nueve —Banks mostró su reloj.

—No pude venir antes.

—¡Mentira!

Dick Moore endureció el rostro.

—A mí nadie me llama embustero sin que le rompa la cara —masculló, e hizo ademán de dirigirse hacia su primo Edward.

Conrad Winters le retuvo.

—Quieto, Dick.

—Déjame, tío Conrad. Voy a darle una lección al mal educado de Edward.

—Olvídalo. No quiero peleas en mi casa.

—Tienes razón, tío Conrad. No es el sitio adecuado. Ya arreglaremos esto

en otro momento, Edward.

—Estoy a tu disposición, Dick —rezongó Banks, y se sentó nuevamente.

—¿Por qué siempre que nos reunimos los cinco, tenemos que empezar a discutir? — intervino Joyce Pickens.

Dick Moore la observó.

Apenas veintiún años, pelo castaño, rostro pícaro, espléndida figura... También ella exhibía generosamente las piernas, aunque no hasta el punto de permitir averiguar de qué color era su prenda más íntima.

—Yo no empecé la discusión, Joyce —recordó Dick.

—Ya sé que no. Pero es cierto que te has retrasado mucho, Dick.

—Tuve problemas con el coche, por eso me retrasé.

—¿Qué clase de problemas, primo? —inquirió Barry Linder, con irónico gesto.

—Se me paró. Por tres veces. Al motor le falta fuerza. En cuanto regrese a la ciudad, lo llevaré a un taller.

Barry Linder sonrió ampliamente.

—Cuéntanos ahora el de Caperucita Roja, primo Dick. Dick Moore apretó las mandíbulas.

—¿Tampoco tú me crees, Barry?

Linder movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Ni una palabra.

—¿Te das cuenta de que me estás llamando mentiroso?

—¡Claro!

—Tendré que sacudirte también a ti, Barry.

—Inténtalo.

—No podrá, estará en el hospital —terció Edward Banks, mirándose el puño derecho.

—Veremos quién manda al hospital a quién —replicó Dick, sin achicarse.

—¡Basta ya! —ordenó Conrad Winters, muy enfadado. Dick Moore se volvió hacia él.

—Disculpa, tío Conrad. Por mi parte, se acabó la discusión. Pero di a mis queridos primos que no me pinchen.

—Descuida, ya hemos guardado los alfileres —repuso Vera Gabor, irónica. Dick casi le apagó el cigarrillo con la mirada, pero no replicó.

Volvió a prestar atención al viejo Conrad.

—¿Cómo va tu salud, tío Conrad?

—Mal —gruñó el enfermo—. Precisamente por eso os he mandado llamar —explicó—. Mi corazón está cada día más débil, y en cualquier momento...

—Por favor, tío Conrad, no digas eso —suplicó Joyce, poniendo cara de pena.

—Sí, no debes hablar así —añadió Vera, evidenciando mucha tristeza, también.

—Aún te queda mucha vida por delante, tío Conrad —profetizó Barry, con escasa convicción.

—Seguro que sí —opinó Edward, más por obligación que por otra cosa.

—Yo digo lo mismo, Tío Conrad —habló Dick, oprimiendo la mano del enfermo. Conrad sonrió levemente.

—Habláis con el corazón, no con el cerebro. Todos conocéis la gravedad de mi dolencia. De todos modos, os lo agradezco. Unas palabras de ánimo, siempre vienen bien.

Se produjo un silencio.

—Siéntate, Dick —indicó el viejo Conrad—. Tengo que hablaros de mi testamento. Barry, Edward, Vera y Joyce se miraron entre sí.

A Dick le pareció ver en los ojos de los cuatro sendos destellos de codicia. Se sintió un poco avergonzado.

Los cinco habían ido allí pensando en lo mismo: el testamento del viejo Conrad.

Incluso era posible que alguno de ellos desease la muerte del anciano, para hincarle antes el diente a la suculenta herencia. Dick, desde luego, no la deseaba.

Le alegraría percibir una parte de la fortuna del viejo Conrad, por supuesto que sí; pero, como sabía que para ello tenía que morirse el anciano, no ansiaba ese momento.

En el fondo, sin embargo, le roía el gusanillo de saber cómo pensaba distribuir el viejo Conrad su fortuna, y a cuánto ascendía ésta.

¿Haría cinco partes iguales?

¿Llegaría a unos más que a otros?

¿Llegaría su fortuna a! millón de libras? Eso sí que ansiaba saberlo.

Dick Moore se sentó en un sillón, justamente frente a Vera Gabor.

No pudo resistir la tentación de dar un vistazo a las exuberantes piernas de su prima. Vera era una antipática, pero estaba como un tren, tenía que reconocerlo.

Y no debía saber lo que era la vergüenza, pues al darse cuenta de que é1 le miraba las piernas, las descruzó y las volvió a cruzar, pero tan lentamente, que Dick pudo ver incluso que su prima tenía un precioso lunar justo debajo del ombligo.

Vamos, que fue una especie de cortometraje rodado a cámara lenta. Los ojos de Dick y los de Vera se encontraron.

Los de ella brillaron maliciosamente, como diciendo: «¿Qué, te ha gustado todo lo que has visto, primito...?»

Dick, inconscientemente, asintió con la cabeza. Le había gustado mucho.

—Dick... —llamó Conrad Winters, pacientemente. Dick Moore respingó ligeramente.

—¿Sí, tío Conrad...?

—Préstame atención, por favor —rogó el anciano—. Prestádmela todos.

Los cinco posibles herederos clavaron sus ojos en el delgado y pálido rostro del enfermo.

—Te escuchamos, tío Conrad —dijo Joyce Pickens.

Conrad Winters inspiró un poco de aire y empezó a hablar:

—Ya he redactado mi testamento. Excepto unas pequeñas cantidades que, a mi muerte, serán entregadas a Richard, el mayordomo, y al resto de las personas que prestan servicio en esta casa, todo será para vosotros cinco. No he hecho distinciones entre vosotros. Mi fortuna, alrededor de millón y medio de libras, será distribuida en cinco partes iguales. Trescientas mil libras, pues, para cada uno.

Dick, Barry, Edward, Vera y Joyce no supieron disimular su alegría.

Todos sabían que el viejo Conrad era un hombre rico, pero no creían que tuviese tanto dinero.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz de Conrad Winters, quien advirtió:

—Hay, no obstante, una condición, que todos y cada uno de vosotros debéis cumplir, para poder percibir vuestras trescientas mil libras.

Los herederos se miraron entre sí, extrañados.

—¿Qué condición, tío Conrad...? —preguntó Vera Gabor. Conrad Winters se atusó la patilla derecha.

—Como todos sabéis, a mí me encanta el juego del ajedrez. No soy un maestro, pero tampoco un jugador mediocre. Derrotarme, por tanto, no es fácil. Y eso precisamente, derrotarme, es lo que tenéis que hacer cada uno de vosotros, si queréis percibir vuestra parte de la herencia. Jugar conmigo al ajedrez y ganarme, aunque sólo sea una partida — hizo saber.

CAPITULO II

Menos mal que no había ninguna mosca en la biblioteca.

De haberla habido, Dick Moore, Barry Linder, Edward Banks, Vera Gabor y Joyce Pickens hubieran corrido el riesgo de tragársela.

Si.

Los cinco se habían quedado con la boca abierta. Absolutamente estupefactos.

Mirando con ojos que parecían de cristal, a causa de su inmovilidad y carencia de pestañeos, al viejo Conrad.

Este, tranquilamente, se metió la mano en el bolsillo de su acolchada chaqueta, extrajo un «chupa-chups», de nata y chocolate, le quitó parsimoniosamente la envoltura, y se lo puso en la boca.

Empezó a darle chupadas, mientras observaba, uno por uno, a sus cinco herederos. No supo decirse cuál de ellos era el más sorprendido, el más perplejo.

Repentinamente, el robusto Barry Linder saltó del sillón donde se hallaba sentado, como impulsado por un resorte, y rompió a reír desaforadamente.

Tan a gusto y con tanta fuerza se reía, que se vio precisado a llevarse las manos a los riñones, no fuera a desprendérsele alguno.

Dick, Edward, Vera y Joyce le miraron, sin alterar en lo más mínimo sus expresiones de perplejidad.

También Conrad Winters lo miró, sin dejar de darle chupadas al «chupa-chups». De pronto, el enfermo se quitó el chupa-chups de la boca y preguntó:

—¿De qué te ríes, Barry?

Barry Linder, con los ojos llorosos, le apuntó con un dedo que parecía un puro de los que fumaba Winston Churchill y exclamó:

—¡Has estado genial, tío Conrad!

—¿Tú crees?

—¡Realmente inmenso! ¡Tu broma ha sido tan original, que ninguno de nosotros se dio cuenta de que nos estabas tomando el pelo con el mejor de los estilos!

Conrad Winters, sin decir nada, volvió a meterse el «chupa-chups» en la boca.

Edward Banks fue el primero en imitar a Barry Linder. Casi al momento, Vera Gabor y Joyce Pickens unían sus risas a las de sus primos.

Pronto se les saltaron las lágrimas a los tres. Dick Moore fue el único que no rió.

Miraba al viejo Conrad.

A lo más profundo de sus ojos.

Como tratando de llegar hasta su cerebro. Y creyó llegar.

No.

El viejo Conrad no les había gastado una broma. Lo del ajedrez iba en

serio.

A Dick no le cupo la menor duda.

Joyce Pickens se levantó del sofá y se acercó a él, presa todavía de una tremenda hilaridad, al igual que Barry, Edward y Vera.

—¿Tú no te ríes, Dick? —preguntó, mientras se secaba los ojos con un pañuelito de seda que había sacado de entre sus senos, redondos y firmes.

—No, yo no me río —respondió Dick, sin apartar sus ojos del demacrado rostro del viejo Conrad.

—¿Qué pasa, no te ha hecho gracia la broma de tío Conrad?

—Me temo que no era una broma, Joyce.

Las palabras de Dick Moore hicieron que las carcajadas de Joyce, Vera, Edward y Barry arreciaran.

—¡Dick se lo ha creído, chicos! —exclamó Vera Gabor, dando pataditas en el suelo.

Era todo un espectáculo, pues cada vez que levantaba las rodillas, para lo de las pataditas, enseñaba hasta las amígdalas.

Pero nadie le miraba nada, todos estaban pendientes de Dick. Y como éste sólo tenía ojos para el viejo Conrad.

Edward Banks se acercó al anciano, los ojos empañados de lágrimas.

—¿Has oído, tío Conrad? ¡El estúpido de Dick sigue creyendo que lo de jugar contigo al ajedrez iba en serio!

Conrad Winters se quitó el «chupa-chups» de la boca.

—Dick está en lo cierto, Edward. Los estúpidos, en todo caso, sois vosotros — respondió.

Edward, Barry, Vera y Joyce enmudecieron en el acto, y sus rostros denotaron nuevamente estupor. Tras mirarse entre sí de forma interrogante, Barry balbució:

—No... no puedo creer que estés hablando en serio, tío Conrad...

—Pues estoy hablando muy en serio, te lo aseguro —contestó el enfermo —. Si no me ganas una partida de ajedrez, a mi muerte no verás ni un penique, Barry. Y lo mismo te digo a ti, Edward. Y a Vera. Y a Joyce. A Dick no hace falta que se lo diga, porque veo que lo entendió la primera vez que lo dije. Es el más inteligente de los cinco, no hay duda.

—Entendí lo que querías decir, tío Conrad, pero no alcanzo a comprender por qué — repuso Dick Moore.

—Es un capricho mío, Dick —explicó Conrad Winters—. Como ya he dicho antes, me encanta jugar al ajedrez, y es mi deseo que también vosotros conozcáis el juego del ajedrez. Pero que lo conozcáis a fondo, en profundidad. Es así como resulta verdaderamente apasionante. La satisfacción que se siente al dar jaque mate al contrario, si se ha logrado tras una larga y ardua batalla en el tablero, es inmensa, difícil de explicar. Hay que vivirlo para comprenderlo. Yo quiero que vosotros viváis esa maravillosa experiencia. ¡Pero ojo!, no penséis ni por un momento que voy a dejarme ganar, para que sintáis esa fantástica sensación de que os estoy hablando. Yo, como todo jugador de

ajedrez que se precie, haré todo lo posible por ganar. Lucharé por el triunfo en cada partida, sea cual sea mi rival. Ni siquiera Vera y Joyce, pese a su condición femenina, gozarán de facilidades por mi parte. Se ha demostrado ya, de mil maneras distintas, que la mujer es tan inteligente como el hombre, y como en el juego de ajedrez se lucha con el cerebro, y no con los músculos, no puede haber ventaja para ellas.

—¡Pero es que yo no he jugado en mi vida al ajedrez, tío Conrad! —exclamó Vera Gabor, hondamente preocupada.

—Pues no tendrás más remedio que aprender, si quieres optar a tus trescientas mil libras —repuso el enfermo.

—¿Es... es fácil aprender, tío Conrad? —inquirió Joyce Pickens, tan preocupada como Vera Gabor, pues ella no sabía ni colocar las figuras en el tablero.

—Sí y no, depende de la inteligencia de cada cual —respondió el viejo Conrad—, Si eres una chica lista, y yo creo que tú y Vera de tontas no tenéis un pelo, aprenderás en unas pocas semanas —aseguró.

—¿Tú crees, tío Conrad? —repuso Joyce, más animada.

—¡Seguro! No tienes más que buscarte un buen jugador y practicar con él varias horas al día; cuantas más, mejor. Y el mismo consejo os doy a los demás —miró a Barry, Edward, Vera y Dick.

—¿De cuánto tiempo disponemos, tío Conrad? —preguntó Barry.

—¿Para qué?

—Para aprender a jugar al ajedrez. Conrad Winters se tironeó el lóbulo.

—Bueno, no demasiado, ésa es la verdad. Teniendo en cuenta mi delicado estado de salud, y que si yo muero sin haber sido derrotado por vosotros, no percibiréis la herencia, pues...

Barry Linder respingó con fuerza.

—¿Que no percibiremos la herencia? —aulló, casi.

—Ni una sola libra —respondió el anciano, serenamente.

—¿Y quién se quedaría con tu fortuna? —inquirió Edward Banks, pálido.

—Sería distribuida entre algunos centros dedicados exclusivamente a enseñar a los niños a jugar al ajedrez —informó Conrad Winters—. Con ese dinero podrían ampliar los locales y...

—¿Serías capaz, tío Conrad? —le interrumpió Vera Gabor, sintiendo que le flaqueaban sus perfectas rodillas.

—Que ninguno lo dude —sonrió el anciano, y le dio una chupadita al «chupa-chups». Hubo un silencio.

Barry Linder miró a Dick Moore.

—¿Tú no dices nada, Dick?

—¿Qué puedo decir?

—¿Apruebas la idea de tío Conrad?

—¿Qué importa que la apruebe o no? Es su dinero, y puede hacer con él lo que le venga en gana —observó Dick.

—Así es —asintió el viejo Conrad;

—¿Tú sabes jugar al ajedrez, Dick? —inquirió Edward Banks

—Un poco —respondió Moore—. Pero me temo que tendré que aprender mucho más, para tener alguna posibilidad de vencer a tío Conrad.

—Puedes apostar a que sí, Dick —sonrió de nuevo Conrad Winters.

—Mañana mismo voy a ir en busca del mejor jugador de ajedrez que exista en Londres

—anunció Moore.

—¡Así me gusta! —Aplaudió el enfermo—. El tiempo es oro para vosotros, muchachos. Debéis dedicar todo el que os sea posible a aprender y practicar el juego del ajedrez. Y, para que os sirva de mayor estímulo, os diré que esta casa será para el primero de vosotros que consiga derrotarme —reveló—. ¡Además de las trescientas mil libras, naturalmente! —aclaró, para que no hubiera dudas.

Sí que era un buen estímulo, no cabía duda, pues la casa de Conrad Winters, aunque antigua, estaba bien conservada y reciamente amueblada.

No. sería difícil obtener por ella cien mil libras. Puede que más.

El viejo Conrad tomó una campanilla dorada y la sacudió.

Unos segundos después, la puerta se abría y Richard, el mayordomo, entró en la biblioteca.

—¿Llamaba, el señor?

—Sí, Richard. Trae eso que tú sabes —indicó Conrad Winters.

—En seguida, señor.

El mayordomo salió de la biblioteca, regresando poco después cargado con cinco paquetes idénticos, los cuales depositó sobre un sillón.

—Gracias, Richard. Puedes retirarte —dijo el viejo Conrad.

El mayordomo salió nuevamente de la biblioteca, con paso ceremonioso. Dick, Barry, Edward, Vera y Joyce observaban los paquetes, con curiosidad.

—¿Qué contienen, tío Conrad? —inquirió la rubia Vera.

—Son cinco juegos de ajedrez. Y, en cada uno de los paquetes, hay también un libro que explica cómo se juega —reveló el anciano—. Los compré hoy mismo. Son para vosotros. Esta misma noche, si queréis, ya podéis empezar a practicar.

Los cinco herederos se dijeron que sí, que aquella misma noche empezarían a practicar el juego del ajedrez.

Cuanto antes se hallasen en condiciones de enfrentarse con algunas garantías de éxito al viejo Conrad, mucho mejor.

Lo que ninguno de ellos sospechaba es que antes tendrían que enfrentarse a un contrincante mucho más difícil de vencer que el viejo Conrad: la Muerte, que también jugaba al ajedrez.

CAPITULO III

Vera Gabor se detuvo frente a la puerta de su apartamento, con el paquete que contenía el juego de ajedrez bajo el brazo.

Abrió el bolso, extrajo la llave y la introdujo en la cerradura, haciéndola girar. Empujó la puerta y penetró en el apartamento, encendiendo las luces.

Lo primero que hizo fue descalzarse.

Había estrenado aquel par de zapatos para acudir a la cita del viejo Conrad, y le molestaban un poco.

Con ellos en la mano, caminó hacia el living, sobre cuya mesa dejó el paquete.

Estuvo tentada de abrirlo y ponerse a practicar, pero se dijo que lo primero era ponerse cómoda, así que se dirigió a su habitación.

Sin encender la luz de su dormitorio, pues tenía más que suficiente con la que entraba por la puerta, que ella había dejado de par en par, se despojó del vestido y lo dejó sobre la cama.

Como no llevaba combinación ni sujetador, quedó cubierta tan sólo por el sucinto «slip» color lila que tan generosamente le mostrara a Dick Moore, durante el deliberado descruce y nuevo cruce de piernas a cámara lenta.

Así de fresquita, se acercó a la silla sobre la cual descansaba su bata. Se la enfundó, metió los pies en unas chinelas azules, y regresó al living.

Antes de sentarse en el diván, se preparó un whisky con dos dedos de soda. Después de ingerir un sorbo de licor, abrió el paquete.

Como había dicho el viejo Conrad, contenía un juego de ajedrez y un libro que explicaba el juego.

Vera retiró la envoltura, centró el magnífico tablero sobre la mesa ratona, y abrió la caja de las figuras, las cuales fue colocando en el centro del tablero, pues a ella le sucedía como a su prima Joyce: no sabía ni colocarlas en sus casillas correspondientes.

Cuando hubo sacado todas las piezas, atrapó el libro, dispuesta a aprender. Leyó las primeras páginas, absolutamente concentrada.

Efectivamente, allí se explicaba cómo debían colocarse las piezas y los movimientos que las mismas podían realizar.

Vera las colocó en sus casillas correspondientes y comenzó a practicar. Tan sólo una hora después, su cabeza echaba humo.

Confundía los movimientos de los alfiles con los de las torres y viceversa; se armaba unos líos tremendos con los saltos de los caballos; con el avance de los peones...

No, no era tan sencillo como el viejo Conrad había dicho. El juego del ajedrez era realmente complicado.

Nunca aprendería si no encontraba un buen jugador que la enseñase. Ese era el consejo que les había dado a los cinco el viejo Conrad.

No tendría más remedio que seguirlo, si quería percibir sus trescientas mil

libras y aspirar a quedarse con la valiosa casa.

¿Por qué se le habría ocurrido al viejo Conrad poner aquella estúpida condición?

¿No sería que su mente empezaba a fallar? Sí, seguro que sí.

A ninguna persona en su sano juicio se le ocurriría poner una condición semejante.

Y, lo peor de todo, era que el viejo Conrad parecía firmemente decidido a distribuir su fortuna entre varios centros dedicados a enseñar a los niños a jugar al ajedrez, si ellos no conseguían dominar el juego lo suficiente como para derrotarle, aunque sólo fuera una vez cada uno.

Absurdo.

Y terrible...

Sí, porque Vera Gabor dudaba mucho que, aún con la ayuda de un experto jugador de ajedrez, ella aprendiese lo suficiente como para vencer al viejo Conrad.

Ni ella, ni ninguno de sus primos.

La cosa, pues, olía a jugarreta por parte del viejo Conrad. Y de las buenas.

Vera, furiosa, pegó un manotazo a las figuras del ajedrez y las esparció casi todas por el suelo.

Saltó del diván.

Su primera intención fue dirigirse a su dormitorio y meterse en la cama, pero pensó que, dada su excitación, le resultaría imposible conciliar el sueño, y eso aún la pondría más furiosa.

Un baño de agua caliente le calmaría los nervios, la relajaría.

Sin dudarlo más, fue hacia el cuarto de baño, penetró en él, y abrió los grifos.

Mientras la bañera se llenaba, regresó al living y encendió el enésimo cigarrillo de la noche.

Minutos después, Vera Gabor se hallaba sumergida en la bañera.

El agua caliente, en efecto, consiguió tranquilizar sus nervios y relajar su cuerpo. Permaneció largo rato en la bañera, hasta que notó una significativa pesadez en los párpados.

Empezaba a sentir sueño.

Salió de la bañera, se secó el cuerpo con la toalla, se puso la bata, sin atarse el cinturón, y abandonó el cuarto de baño, dirigiéndose a su habitación.

De pronto, se quedó clavada. Absolutamente paralizada por la sorpresa. Los ojos fijos en la pequeña mesa del living.

En el tablero de ajedrez, más concretamente.

¡Todas las piezas volvían a estar allí!

¡Las blancas frente a las negras, en sus casillas correspondientes!

¡A punto de iniciar una partida!

Vera Gabor sintió que se le erizaba la piel.

Si ella había arrojado las piezas al suelo, en un arrebato de furia, y ahora estaban sobre el tablero, correctamente alineadas, significaba que había

alguien más en el apartamento.

Alguien que sabía jugar al ajedrez.

La correcta formación de las piezas sobre el tablero lo demostraba. Sin embargo, ella no veía a nadie.

Vera se cruzó la bata y ató el cinturón.

Ella sólo mostraba sus encantos cuando le apetecía y a quien ella quería.

El intruso que se hallaba escondido en su apartamento no tenía por qué verle nada. Al menos, no sin dar antes la cara.

Si la daba, y no la tenía fea, ya sería otra cosa.

—¿Quién anda por ahí? ¡Vamos, salga quien sea! —ordenó Vera, enérgicamente. El misterioso intruso no se dejó ver.

Tampoco causó ruido alguno que permitiera revelar su escondite.

—¡Sé que hay alguien aquí! ¡Las piezas del ajedrez estaban esparcidas por el suelo, y ahora están sobre el tablero, cada cual en su casilla correspondiente! ¡Déjese ver quien sea!

El resultado fue el mismo de antes. Vera Gabor advirtió:

—¡Si no sale ahora mismo, llamo a la policía! La amenaza no surtió ningún efecto.

Vera fue decididamente hacia el teléfono, descolgó el auricular, y se lo llevó a! oído.

En el instante en que se disponía a marcar el número de la policía, alguien cayó sobre ella, por la espalda.

Vera quiso gritar, pero un pañuelo empapado de cloroformo le cubrió la boca y la nariz. Se debatió furiosamente, pero nada consiguió.

El tipo que la había sorprendido por la espalda era de una fortaleza tremenda, casi sobrenatural.

Unos segundos después, Vera Gabor dejaba de forcejear, cerraba los ojos, y quedaba como muerta entre los férreos brazos del individuo que la había atacado.

* * *

Cuando Vera Gabor se despertó, se encontró concienzudamente amarrada a una silla, en el living.

Frente a la mesa ratona.

Al otro lado de la misma, sentado en el diván, se hallaba el tipo que la atacara por la espalda y la durmiera con cloroformo.

Vera creyó morirse de espanto.

No, no fue porque el individuo tuviese una cara horrible.

En realidad, no podía saberse si era guapo o feo, pues el tipo se cubría con una larga y holgada túnica morada, cuya capucha llevaba tan echada hacia la cara, que era imposible vérsela.

Sobre su pecho, bordado en hilo de oro, podía verse un esqueleto humano empuñando una guadaña.

Representaba la muerte, no cabía duda.

Esto fue, principalmente, lo que llenó de horror a Vera Gabor, lo que hizo que su cuerpo se quedara repentinamente frío y temblara, que su cara se pusiera tan pálida como la de un difunto, que sus dientes castañetearan.

Sintió deseos de gritar. Con todas sus fuerzas. No pudo.

Una gran mordaza le cubría la boca.

De pronto, Vera se dio cuenta de que su brazo derecho j estaba sorprendentemente libre.

No lograba explicárselo.

¿Habría sido un descuido del individuo de la túnica j morada? No, seguro que no.

Él le había dejado un brazo libre deliberadamente.

Sin duda pensaba exigirle algo para lo cual ella tendría necesariamente que utilizar la mano.

De momento, Vera quiso utilizarla para otra cosa: quitarse la mordaza. Pero no llegó ni siquiera a rozarla con sus dedos.

La voz del hombre que ocultaba su rostro, una voz grave, hueca, profunda, que parecía llegar del Más Allá, frenó su brazo en seco:

—Quieta, Vera Gabor.

Vera permaneció casi dos minutos con el brazo en alto, como dudando entre obedecer o no la orden del individuo de la túnica morada.

Finalmente, lo bajó y lo dejó descansar sobre su muslo derecho.

Fue entonces cuando reparó en que tenía las piernas totalmente al descubierto. Y algo más que las piernas.

Vera se apresuró a cruzarse la bata.

«¡Es usted un cerdo asqueroso!», hubiera querido gritarle al tipo, por haberle abierto la bata de par en par, mientras ella permanecía bajo los efectos del cloroformo.

¿Se habría limitado a mirar, o...?

Como si tuviera la facultad de adivinar el pensamiento, el individuo, con aquella voz de ultratumba que tanto impresionaba, dijo:

—No te he tocado, Vera Gabor. Me limité a sentarte en 1a silla, atarte a ella, y amordazarte.

«¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?», preguntó la aterrada Vera, con la mirada.

—Soy la Muerte, Vera Gabor. Y quiero tu vida —anunció el ser que se escondía bajo la túnica.

La atractiva rubia se sintió desfallecer de pánico.

Sus ojos se dilataron al máximo, los temblores de su helado cuerpo se acentuaron, la sangre pareció detenerse en sus venas...

El ser que decía ser la Muerte, siguió hablando:

—Voy a darte una oportunidad, Vera Gabor. A todos los mortales se la doy, antes de llevármelos de este mundo. Unos la aprovechan, y siguen en él; otros, no, y tienen que abandonarlo. De ti depende, pues, que continúes en

este mundo o que emprendas el largo viaje hacia el Reino de las Tinieblas.

Vera hizo un esfuerzo para no desmayarse de horror y esperó a que la Muerte le explicara qué clase de oportunidad iba a darle.

La Muerte habló de nuevo, con su escalofriante voz:

—A mí también me gusta jugar al ajedrez, Vera Gabor. Vamos a jugar una partida. Si ganas tú, seguirás en el mundo de los vivos. Por contra, si gano yo, te vendrás conmigo al frío mundo de los muertos.

Vera tuvo un fallo cardiaco.

¡Jugar una partida de ajedrez!

¡Y nada menos que con la mismísima Muerte!

¿Puede haber algo más horroroso?

Vera se agitó nerviosamente sobre la silla.

Con la mano libre, trató de hacerle comprender a la Muerte que ella no sabía jugar al ajedrez, que apenas había aprendido a colocar las piezas en sus casillas correspondientes y sólo tenía una ligera idea de cómo se movían.

Todo fue inútil.

La Muerte cambió la posición del tablero, con el fin de que las figuras blancas quedasen delante de Vera, e indicó:

—Tú abres la partida, Vera Gabor. Quiero darte esa ventaja. Vera no movió el brazo.

El terror parecía haber paralizado sus músculos. La Muerte advirtió:

—Realiza tu movimiento, Vera Gabor, o me veré obligado a llevarte conmigo sin haber jugado la partida.

Las palabras de la Muerte hicieron reaccionar a la rubia, quien alargó su brazo, temblorosamente, hacia el tablero.

Tomó el peón del rey y lo avanzó dos casillas, tal y como había visto en uno de los gráficos de las primeras páginas del libro de ajedrez que le regalara el viejo Conrad.

Fue una de las pocas jugadas que pudo hacer.

La Muerte, en muy pocos movimientos, logró dar jaque mate a Vera, aprovechando su inexperiencia.

La rubia se arrugó materialmente en la silla cuando oyó decir al ser cuyo rostro ocultaba la capucha que él había sido el vencedor.

Y aún se arrugó más cuando vio que sacaba, de debajo del diván, una enorme guadaña, de filo destellante.

La Muerte se puso en pie y enarboló la guadaña.

Vera Gabor, al borde de la locura ya, levantó el brazo libre, como queriendo impedir con él que el filo de la guadaña cayese sobre su cuerpo.

Lógicamente, no lo consiguió.

La Muerte descargó con furia la terrorífica guadaña y cercenó limpiamente el cuello de su víctima de un solo tajo, haciendo brotar un torrente de sangre muy roja, que salpicó el tablero de ajedrez y las piezas que sobre él continuaban.

CAPITULO IV

A pesar de que Dick Moore había dicho en casa del viejo Conrad Winters que a la mañana siguiente iría en busca del mejor jugador de ajedrez que existiese en Londres, cambió de idea y fue aquella misma noche.

El tiempo era oro para ellos, como muy bien había señalado el viejo Conrad. Estaban en juego trescientas mil libras.

Y la casa, que sería para el primero que consiguiera derrotar al viejo Conrad. Pero ¿lograría alguno de ellos vencerle?

Esta pregunta no paraba de hacérsela Dick Moore.

El viejo Conrad tenía que ser un contrincante difícil de vencer. El mismo lo había reconocido.

Sería necesario aprender muchísimo para poder derrotarle. Y muy de prisa, eso era lo peor.

El viejo Conrad podía morirse de pronto y... adiós fortuna. Eso era lo más absurdo de todo.

A Dick no le parecía tan descabellado que el viejo Conrad les obligase a aprender a jugar al ajedrez, dado que éste era su «hobby», su pasión. Pero de eso, a dejarles sin un penique si no aprendían lo suficiente como para derrotarle a él al menos una vez...

Dick no lo entendía. A menos que...

Sí, ¿por qué no?

Podría no ser cierto, tratarse sólo de una amenaza, para obligarles a aprender lo más posible, y percibir igualmente la herencia, aunque no consiguieran ganarle ninguna partida.

Pero ¿y si no se trataba de una amenaza?

Ante la duda, no había más remedio que esforzarse al máximo y tratar de dominar bien el juego del ajedrez en un tiempo récord.

Dick Moore estaba dispuesto a intentarlo, por si la cosa iba en serio.

Trescientas mil libras, más la posibilidad de heredar la casa del viejo Conrad, bien merecían aquel sacrificio, y él se sacrificaría tanto como el primero.

De hecho, ya había empezado a sacrificarse.

Todavía estaba a tiempo de acudir al club donde cada noche se desvestía, por dos veces, Lorena Faye, alias ¡a Cobra.

Sin embargo, no iba a ir a esperarla.

Lo de aprender a jugar bien al ajedrez tenía, por el momento, absoluta prioridad.

¿Le acompañaría la suerte?

¿Encontraría un experto jugador?

¿Estaría de acuerdo el ajedrecista en enseñarle?

No tardaría en saberlo, pues ya divisaba el Club Alfil, uno de los locales donde solían reunirse cada día un buen número de jugadores de ajedrez.

Dick había oído hablar de él en un par de ocasiones, aunque nunca había puesto los pies allí.

Aquella noche los pondría.

Dick estacionó su «Simca-1200» delante del Club Alfil.

El local debía estar muy concurrido aquella noche, a juzgar por el elevado número de automóviles que se hallaban estacionados frente a él.

Dick salió del coche y caminó resueltamente hacia la puerta del club.

Un tipo, de unos cuarenta y cinco años de edad, la custodiaba, correctamente uniformado,

—Buenas noches —saludó Dick, e hizo ademán de entrar en el local.

—Un momento, señor —rogó el tipo.

—¿Ocurre algo?

—¿Es usted socio? —preguntó el empleado.

—¿Hay que ser socio para poder entrar en este club? —se sorprendió Dick.

—En efecto, señor.

—Diablos.

—¿No lo es usted?

—Pues, no, todavía no.

—Entonces, no puedo dejarle entrar, señor.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Dick.

—Víctor, señor.

—¿No podría hacer usted una excepción conmigo, Víctor?

—No, señor. Créame que lo siento.

—Si me deja pasar, cuando sea socio del club le regalaré una caja de puros —prometió Dick.

El empleado sonrió.

—Yo no fumo, señor. Es malo para la salud.

—Eso dice mi médico, pero él se fuma cada purazo que... —repuso Dick. El empleado rió.

—Sí, es curioso. Todos los médicos prohíben fumar a sus pacientes, pero ellos queman tabaco que es un gusto.

—Ande, Víctor, sea usted bueno y déjeme pasar —insistió Dick.

—No puedo, señor. Son las normas del club, compréndalo.

—Le advierto que soy amigo del presidente —mintió Moore, estirándose los puños de la camisa.

—¿Seguro? —pareció dudarlo el empleado.

—Oh, sí. Nos conocemos hace tiempo.

—Está bien. Espere aquí.

—¿Adónde va?

—A decirle al señor Ritter que un caballero que no es socio, pero que dice ser amigo suyo, desea entrar en el club. ¿Me da su nombre, por favor?

—Moore; Dick Moore.

Los ojos del empleado se apartaron un instante de Dick.

—Señor Moore...

—¿Sí, Víctor?

—¿Conoce usted también a la señorita Marion, la hija del señor Ritter?

—Oh, sí, más aún que a su padre —respondió Dick, sin vacilar—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque precisamente en este momento está estacionando su coche delante del club.

—¿Quién? —respingó Dick.

—La señorita Marion. No será necesario, pues, que avise al señor Ritter. Podrá usted entrar con ella, señor Moore. Si es cierto que la conoce, claro... —añadió, con una sonrisa, el empleado del Club Alfil.

* * *

Dick Moore se volvió hacia el lugar donde miraba Víctor.

Un «Citroen CX-Pallas», color verde manzana, acababa de detenerse delante del Club Alfil.

De él descendió una joven de apenas veinte años, cabello rubio ceniza, corto, rostro agraciado y formas harto sugestivas.

La chica caminó directamente hacia la puerta del club, con un bolso en las manos.

El elegante vestido, de muselina azul, le sentaba de maravilla, y como estaba abierto por delante, le permitía mostrar las piernas hasta unos quince centímetros más arriba de la rodilla.

Unas piernas largas y esbeltas, dignas de ser contempladas. Pero Dick Moore no perdió el tiempo en eso'.

Tenía que actuar. Y rápido.

Si dejaba que Víctor tomase la palabra, estaba perdido.

—¡Marion! —exclamó, exhibiendo su mejor sonrisa, y salió al encuentro de la hija del presidente del Club Alfil, con los brazos por delante.

Marion Ritter se detuvo, evidentemente sorprendida.

Su sorpresa fue infinitamente mayor cuando Dick Moore la abrazó y la besó en los labios.

Como si fuera su novio, vamos.

A la joven le cayó el bolso de las manos.

Dick separó los labios de los de ella, brillantes y húmedos, de lo más sabroso, y la miró a los ojos.

Unos ojos grandes y luminosos, de pupilas muy claras, donde se plasmaba la más absoluta perplejidad.

—Finja que me conoce, señorita Ritter, por favor —suplicó en voz baja, para no ser oído por el empleado del club—. Tengo mucho interés en entrar en el Club Alfil, pero el tipo que está en la puerta no me deja pasar, porque no soy socio. Si dice usted que me conoce, como su padre es el presidente del club, podré entrar.

—Pero... —balbució la muchacha, perpleja todavía.

—Por lo que más quiera, Marion. Dígale a Víctor que soy amigo suyo y de su padre — insistió Dick.

—Está bien —accedió ella.

—Un millón de gracias —sonrió Dick. Recogió el bolso de la joven, se lo entregó y, tomándola del brazo con toda familiaridad, indicó—: Vamos, Marion.

Caminaron los dos hacia el club.

—Buenas noches, señorita Marion —saludó respetuosamente el empleado.

—¿Qué tal, Víctor? —repuso ella.

—Veo que es cierto que el señor Moore es amigo suyo y de su padre.

—Sí, nos une una buena amistad.

—Una excelente amistad —corrigió Dick, pellizcando suavemente la barbilla de la muchacha.

Marion Ritter forzó una sonrisa.

—Pasen —invitó el empleado, señalando la puerta.

—Entremos, Marion —carraspeó Dick. Penetraron los dos en el Club Alfil.

Cuando estuvieron lo suficientemente alejados de la puerta, Marion Ritter se detuvo y miró al apuesto joven que se había atrevido a besarla en plena calle, sin conocerla de nada.

—Explíquese, señor Moore —exigió, soltándose de él con brusquedad. Dick tosió nerviosamente.

—Es una larga historia, señorita Ritter.

—Me encantan las historias largas, siempre que no sean inventadas.

—Tenía mucho interés en entrar en el club, ya se lo dije.

—¿Por qué?

—Me urge ponerme en contacto con un experto jugador de ajedrez, el mejor que pueda encontrar.

—¿Para qué?

—Para que me enseñe a jugar. Tan bien como pueda y en el menor tiempo posible. Marion Ritter entrecerró los ojos.

—¿Por qué tanta prisa en aprender?

—Trescientas mil libras están en juego. La joven pestañeó.

—Quiere tomarme el pelo?

—Le aseguro que no.

—Vamos, explíquese de una vez. Y con claridad.

Dick le habló del testamento del viejo Conrad Winters, y de la condición que éste había puesto para tener derecho a la herencia.

Marion Ritter, muy seria, dijo:

—Esa historia es absurda.

—Pero real —aseguró Dick.

—Lo siento, pero no le creo.

—¿Tengo cara de mentiroso?

—Sí.

—¡Marion...!

—Lo siento, pero yo siempre digo lo que pienso.

—Le juro que cuanto le he dicho es cierto. ¿Cree que si no lo fuera, yo estaría ahora aquí? En mi vida había estado en un club de ajedrez.

—Ha perdido el tiempo viniendo a éste.

—¿Por qué? ¿No hay buenos jugadores aquí?

—Por supuesto que los hay. Excelentes. Pero ninguno de ellos aceptará su proposición.

—Estoy dispuesto a pagar lo que me pidan.

—Ni siquiera así.

—¿Por qué está tan segura de que no?

—Usted necesita un buen ajedrecista para un mes entero, por lo menos, y que le dedique todas las horas del día y algunas de la noche, domingos incluidos. Ninguno de los socios de este club podría dedicarle tanto tiempo. Tienen ocupaciones que no pueden desatender —explicó Marion Ritter.

—Hablaré con su padre, a ver qué opina él —repuso Dick.

—Mi padre le dirá lo mismo que yo. Dick se acarició el mentón.

—Debe ser un ajedrecista muy experto, ¿verdad?

—¿Quién?

—Su padre.

—Es muy bueno, sí. Pero yo juego mejor que él.

—¿Usted? —respingó Dick.

—¿Por qué se sorprende tanto?

—Bueno, es usted muy joven, y...

—Para casarme, tal vez; pero no para lo otro. Yo juego al ajedrez desde que tenía cuatro años. Y tuve un excelente maestro: mi padre. A los catorce años conseguí derrotarle por primera vez. Ahora, de cada diez partidas que jugamos, y que se resuelven con victoria de uno u otro, seis o siete las gano yo. Y no crea que a mi padre le avergüenza que yo haya llegado a ser mejor ajedrecista que él. Todo lo contrario, se siente muy orgulloso. Dick Moore no supo qué decir.

A Marion Ritter pareció molestarle su silencio.

—¿Qué pasa, no me cree? —inquirió.

—Oh, sí, por supuesto que la creo —carraspeó Dick—, No tiene usted cara de mentirosa.

—No lo soy.

—Yo tampoco, aunque usted opine lo contrario.

Marion Ritter sonrió por primera vez, y lo hizo de un modo encantador.

—Siento haberle dicho eso, señor Moore.

—No tiene importancia. Y llámeme Dick, por favor —rogó Moore.

—Tiene usted un gran problema, Dick.

—Lo sé. Pero con su ayuda, estoy seguro de que lo resolvería. La joven enarcó sus finísimas cejas.

—¿Está usted pensando en mí para... ?

—Sí.

Marion Ritter sacudió la cabeza.
—Olvídelo.
—¿Trabaja usted, Marion?—inquirió Dick.
—No.
—Entonces, si no me ayuda es porque no quiere.
—Yo no tengo paciencia para enseñar, Dick.
—Seré un alumno muy aplicado —prometió Moore.
—No resultaría.
—Sí resultaría.
—¿Por qué está tan seguro?
—Poseo una nada despreciable capacidad de asimilación. Que no soy ningún zoquete, vamos. Consejo que me dé usted, consejo que quedará grabado a fuego en mi cerebro.
—No lo dudo, pero...
Dick se atrevió a tomarle una mano entre las suyas.
—No me ponga peros, por favor —rogó.
—Suélteme la mano, hombre. Parece que vaya usted a declarárseme.
—No me lo diga dos veces.
—Ya sería capaz de fingir que se ha enamorado de mí, con tal de conseguir que le enseñe a jugar bien al ajedrez.
—¿Quién ha dicho que fingiría?
—Ande, ahora dígame que está loco por mí.
—Tanto como loco... Pero que me gusta usted, es una verdad como una pirámide.
Besarla me produjo una sensación nueva, desconocida, maravillosa...
—No conseguirá nada por ese camino.
—¿Qué camino?
—El de la adulación.
—Yo no estoy adulando a nadie, soy totalmente sincero cuando digo que...
—Corta, Tomás, que no me vas.
—No me cree, ¿eh?
—Ni una palabra.
—Tendré que darle otro beso, para convencerla.
—Inténtelo y le pongo la cara al revés de una bofetada.
—Oiga, que no es para tanto... —tosió Moore.
—Será mejor que se marche, Dick —aconsejó Marion Ritter.
—No pienso irme hasta que no consiga de usted la promesa de que me convertirá en un buen jugador de ajedrez.
—Se le haría de día insistiendo.
—Eso me encantaría, porque significaría que habríamos pasado la noche juntos — sonrió Dick.
—No le caerá esa breva.
—Dejémonos de bromas y hablemos en serio.
—No puedo aceptar su proposición, Dick; lo siento.

—Ponga el precio que quiera.

—No se trata de dinero, entiéndalo. Afortunadamente, no lo necesito.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—Sé que no resultaría, ya sé lo dije antes.

—¿Cómo puede decir eso sin haberlo intentado? Eso es lo que debemos hacer, intentarlo al menos. Si no da resultado, yo seré el primero en reconocerlo.

Marion Ritter dio un largo suspiro.

—Qué tenacidad la suya, Dick...

—Diga que acepta y me pongo a saltar como un mono.

—No lo haga, no me gustan las monadas.

—Pero acepta, ¿verdad?

—¡Sí! —gritó la joven.

—¡Bravo! —exclamó Dick, cogiéndola por los hombros, con intención de besarla. Marion Ritter interpuso su bolso entre su boca y la de él, en un rápido movimiento. Dick Moore no pudo frenarse a tiempo y le soltó el beso al bolso.

Con los labios pegados todavía a él, miró a la hija del presidente del Club Alfil. Ella se echó a reír, divertida.

Dick Moore acabó riendo también.

CAPITULO V

Dick Moore estaba terminando de desayunar, cuando llamaron a la puerta. Consultó su reloj.

Las nueve y dos minutos. Sonrió.

Marion Ritter era una chica muy puntual. Porque era ella,, no le cabía ninguna duda.

La noche anterior le dijo que a las nueve estaría en su casa, dispuesta a hacer de él un buen jugador de ajedrez, si es que ello era posible, y había cumplido su palabra.

Dick se limpió la boca con la servilleta, se levantó de la silla y acudió a abrir, en mangas de camisa.

En efecto; era Marion Ritter.

Vestía unos pantalones, color crema, que la ceñían muy sugestivamente, resaltando la curva de sus caderas y la perfección de sus muslos. La blusa, amarilla, también la ceñía lo suyo, dibujando perfectamente sus pechos juveniles. Los zapatos eran rojos, de puntera y talones descubiertos. De su hombro derecho, pendía un bolso de piel, marrón oscuro.

—Buenos días, profesora —saludó Dick, sonriente.

—Hola, alumno —sonrió también ella.

—Veo que es usted una chica de palabra, Marion.

—¿Pensaba acaso que no vendría?

—Tenía mis dudas, debo confesarlo.

—Porque no me conoce. Si me conociera, sabría que yo siempre cumplo lo que prometo. Le dije que vendría, y aquí estoy. Pero sólo a título de prueba, como acordamos. Si la cosa no funciona...

—Funcionará, estoy plenamente convencido.

—Esperemos que así sea.

—Pase, Marion.

La joven penetró en el apartamento de Dick Moore, amplio y moderno, amueblado con buen gusto.

Marion Ritter lo observó todo con la típica curiosidad femenina.

—No está mal su cubil, Dick... —comentó.

—Me alegro de que le guste.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy agente de seguros.

—No hay duda de que le va bien...

—Sí, no puedo quejarme.

—¿He interrumpido su desayuno...? —preguntó Marion, observando la mesa de la cocina.

—Oh, no, había terminado ya, cuando usted llegó —respondió Dick.

—¿Podemos empezar, entonces?

—Cuando usted diga. El ajedrez está a punto, sobre la mesa del living.

—Ya lo veo. Bien, cuanto antes empecemos, mejor para los dos. Fueron ambos hacia el living.

—Siéntese usted en el diván, Marion —indicó Dick.

La joven obedeció, quitándose el bolso del hombro y dejándolo a su lado, sobre el diván. Dick acercó un sillón a la mesa y se sentó en él, frente a la muchacha.

—Bien, juguemos una partida —sugirió Marion—. Así tendré una idea de hasta dónde alcanzan sus conocimientos en lo que al juego del ajedrez respecta.

—Soy un jugador de quinta categoría, ya se lo dije anoche. Paso meses y meses sin jugar una partida.

—¿No le gusta el juego del ajedrez?

—No, no es que no me guste... Pero estimo que hay juegos más interesantes.

—¿Cómo por ejemplo...? Dick carraspeó.

—¿Cuántos años tiene usted, Marion?

—Diecinueve; pero el mes que viene cumplo los veinte.

—Entonces, no puedo responderle. Se ruborizaría usted. Marion Ritter apretó los dientes.

—Se refería a los juegos eróticos, ¿eh?

—¿Cómo lo adivinó?

—Todos los hombres son igual, sólo piensan en eso. Dick tosió.

—¿Empezamos la partida, Marion?

—Sí, empecérnosla —gruñó ella—. Usted mueve primero.

Dick se disponía a realizar la apertura de! juego, cuando sonó el teléfono.

—Caramba, qué oportuno... Discúlpeme, Marion.

—Conteste, no se preocupe.

Dick descolgó el auricular y se lo llevó al oído.

—Dick Moore al habla... ¿Quién,..? ¡Ah!, hola, Richard. ¿Qué sucede...? ¿Qué vaya inmediatamente...? ¿Es que le ha ocurrido algo a tío Conrad...? ¿De veras que no...? Está bien, ahora mismo salgo para ahí.

—¿Qué sucede, Dick? —inquirió Marion. Moore colgó el auricular e informó:

—Era Richard, el mayordomo de tío Conrad. Tengo que ir allí urgentemente.

—¿Qué ha pasado?

—No me lo ha dicho. Por un momento temí que el viejo Conrad hubiese sufrido un nuevo ataque cardíaco, pero Richard asegura que no.

Marion Ritter suspiró.

—Bien. ¿Qué hago yo, Dick? ¿Le espero aquí o vuelvo a mi casa?

—¿Por qué no viene conmigo? —sugirió Moore.

—¿Ir con usted...?

—Así conocería a tío Conrad.

—Sí, creo que me gustaría —sonrió la muchacha. —En marcha, pues.

Fueron en el «Simca-1200» de Dick Moore.

Cuando llegaron a la casa del viejo Conrad Winters, descubrieron varios automóviles parados frente a ella.

Cuatro, concretamente.

En un principio, Dick creyó que se trataba de los coches de Barry, Edward, Vera y Joyce, a quienes debía de haber avisado también Richard.

Sin embargo, al fijarse mejor, se dio cuenta de que el «Renault 5-GTL» de Vera Gabor no estaba.

En su lugar, había un «Citroën GS» gris.

¿De quién podía ser?

No tardaría en saberlo, pues ya estaba pulsando el timbre de la casa. Abrió Richard, el mayordomo.

A Marion Ritter se le escapó un gritito de terror.

Dick se apresuró a cogerla del brazo, para que no echara acorrer.

—Buenos días, Richard —carraspeó.

—Buenos días, señor Moore —respondió el mayordomo, observando con cierta sorpresa a Marion.

Evidentemente, no esperaba que Dick Moore llegase acompañado, Dick y Marion entraron en la casa.

—¿De quién es el «Citroën GS» gris, Richard? —inquirió Moore.

—Del inspector Crown, de Scotland Yard —informó el mayordomo.

Dick abrió la boca.

—¿Un inspector de Scotland Yard, aquí...?

—Sí, señor.

—¿Qué ha pasado...?

—El inspector Crown se lo explicará, señor Moore.

—¿Dónde están todos? —preguntó Dick.

—En la biblioteca.

—¿Vera, también...?

El huesudo rostro del mayordomo se contrajo ligeramente.

—No, la señorita Gabor no está —contestó, al cabo de unos segundos.

—Pero vendrá, ¿no?

—Me temo que no, señor Moore. Dick entornó el ojo izquierdo.

—¿Por qué? ¿No la avisó usted?

—No, sólo telefoneé al señor Linder, al señor Banks, a la señorita Pickens, y a usted.

—¿Le ha sucedido algo a Vera, Richard? —interrogó Dick, empezando a sospechar que así era.

—El inspector Crown le informará, señor Moore. Yo no estoy autorizado —respondió el mayordomo.

—Está bien. Vamos, Marion.

Dick y la muchacha echaron a andar, camino de la biblioteca.

Marion, que aún llevaba metido en el cuerpo el susto que le dio Richard, exclamó en voz baja:

—¡Diablos, Dick, eso se avisa!

—¿El qué?

—¡Richard, el mayordomo, tiene una cara siniestra! ¡Parece salido de una novela de terror!

Dick sonrió.

—Olvide decirle que Richard era un tipo muy feo.

—¡Feo es poco!

—Pues si le viera usted sonreír...

—¿Aún está más horrible?

—¡Muchísimo más! Produce la desagradable sensación de que va a morderle a uno en el cuello y a dejarle sin una gota de sangre. Tiene unos colmillos que parecen puñales.

—¡Dick! —se estremeció la joven, parándose en seco.

—Tranquila, no es un vampiro —sonrió de nuevo Moore.

—¿Seguro...?

—Bueno, al menos a mí, no me ha mordido nunca.

—¡Quizá sólo muerda a las mujeres!

—Yo también suelo morderlas, y no soy ningún vampiro.

—¡No bromee con esas cosas, por favor! —se enfadó Marion.

—Se me escapó el chiste, lo siento.

—¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Empiezo a arrepentirme de haber venido con usted.

—No tema, a mi lado está usted más segura que en una caja fuerte.

—¿Es bueno peleando?

—No, pero llevo un crucifijo en el bolsillo derecho y varias cabezas de ajos en el izquierdo. Aunque Richard sea un vampiro de verdad, no se atreverá a atacarnos.

Marion Ritter dio una patadita en el suelo.

—¡Ya soltó otro chiste!

Dick le cogió la suave barbilla.

—No se enfade, que se pone fea. Ella le pegó un zarpazo.

—No me venga con carantoñas ahora. Estoy asustada, y usted lo sabe.

—Sin motivo. Richard es feo como un taco, pero absolutamente inofensivo.

—¿Inofensivo, con unos colmillos como puñales...?

—Soy un tipo muy exagerado. Vamos, siga caminando —indicó Dick, tirando del brazo de la muchacha.

Alcanzaron la biblioteca y entraron en ella.

Por las caras del viejo Conrad, Barry, Edward y Joyce, Dick Moore supo que algo grave le había sucedido a Vera.

Había otros dos hombres en la biblioteca.

—¿Señor Moore...? —inquirió el de más edad, unos cuarenta años, alto y fuerte, acercándose a él.

—Sí —asintió Dick, quedándose parado cerca de la puerta.

—Soy el inspector Crown, de Scotland Yard —se presentó el tipo. Dick miró al viejo Conrad.

—¿Qué le ha pasado a V era, tío Conrad?

—¿Cómo sabe usted que le ha pasado algo? —interrogó el inspector Crown, entornando los ojos.

—Es la única que falta. Y Richard dice que nos telefoneó a todos menos a ella. Eso, unido a la presencia de un inspector de Scotland Yard en la casa, acompañado de un detective... —Dick miró un instante al otro individuo, de unos veintiocho años de edad, más alto y más fuerte aún que el inspector Crown.

—Vera Gabor fue asesinada anoche —informó Crown.

—¿Asesinada...? —exclamó Dick, palideciendo.

—La decapitaron en su propio apartamento.

—¡Qué horror! —gimió Marion Ritter, agarrándose al brazo de Dick.

—¿Le importaría decirme dónde se encontraba usted anoche, entre las once y las doce, señor Moore? —interrogó el inspector Crown.

Dick atirantó el rostro.

—¿Acaso sospecha usted que yo pude...?

—Todavía no sospecho de nadie en particular, señor Moore. Pero es mi obligación averiguar dónde se hallaban ustedes cuatro entre las once y las doce, porque en ese intervalo de tiempo fue asesinada Vera Gabor, y los cuatro van a beneficiarse de su muerte.

—¿Beneficiarnos...?

—Naturalmente, señor Moore. La fortuna del señor Winters sigue siendo 1a misma, millón y medio de libras; más esta magnífica casa. Los herederos, en cambio, ya no son cinco, sino cuatro.

—¿De veras piensa usted que ése fue el móvil del crimen, inspector? —masculló Dick.

—Por el momento, no se me ocurre otro. Pero tampoco quiero decir que no exista. Sobrevino un silencio.

—Responda a mi pregunta, señor Moore —rogó el inspector Crown.

—A esa hora que usted dice, entre las once y las doce, me encontraba en el Club Alfil —respondió Dick—. La señorita Ritter puede atestiguarlo. También el portero del club — añadió.

El inspector Crown observó detenidamente a Marion Ritter.

—¿Es eso cierto, señorita Ritter?

—Sí, inspector —corroboró la joven—. Cuando yo legué al club, a eso de las diez y media, el señor Moore estaba a la puerta. Víctor, El portero, no lo dejaba pasar, porque el señor Moore no es socio del club. El señor Moore me rogó que le entrara conmigo, pues Víctor le había dicho que yo era la hija de Charles Ritter, el presidente del Club Alfil. Me cayó simpático y le permití entrar conmigo. Cuando el señor Moore se marchó del club, eran aproximadamente las doce y media. No pudo, pues, asesinar a Vera Gabor.

—Y, aunque hubiera podido, no le habría hecho —añadió Dick, muy serio. El inspector Crown sonrió suavemente.

—No se enfade conmigo, señor Moore. Como le he dicho antes, mi obligación es investigar.

—Me temo que sus investigaciones van desencaminadas, inspector. Yo no asesiné a Vera Gabor. Y estoy convencido de que también Barry, Edward y Joyce son inocentes.

—Eso mismo le dije yo, Dick —intervino el viejo Conrad—. Sé que ninguno de vosotros es capaz de cometer un crimen.

El inspector Crown se volvió hacia Barry Linder, Edward Banks y Joyce Pickens, abarcándolos a los tres con la mirada.

—Bien, como ustedes han podido oír, el señor Moore tiene testigos de que anoche, desde las diez y media hasta las doce y media, estuvo en el Club Alfil. Ustedes, en cambio, se encontraban cada uno en su casa, solos, aprendiendo a jugar al ajedrez. Es posible que así fuera, y es posible que no. Por ello, les prohíbo a los tres que se alejen de Londres sin mi permiso. Quiero tenerlos a los tres cerca, hasta que esto se aclare.

Ninguno de los tres respondió.

Crown se despidió de Conrad Winters e indico:

—Vámonos, Mason.

El inspector Crown y el detective Mason, cuya voz no habían tenido ocasión de oír ni Dick ni Marion, abandonaron la biblioteca.

Durante más de dos minutos, nadie habló. Emplearon ese tiempo en mirarse unos a otros. Joyce Pickens fue quien rompió el silencio:

—No sé cómo puede el inspector Crown sospechar de mí. La persona que tan salvajemente asesinó a Vera, sabía jugar al ajedrez, y yo, hasta anoche, no sabía no colocar las piezas en el tablero.

Dick Moore la miró, extrañado.

—¿Cómo sabes que...?

—Antes de ser decapitada, Vera jugó una partida con el asesino. Una partida muy corta, según explicó el inspector Crown. Los movimientos de Vera fueron, lógicamente, muy torpes, y el asesino le dio jaque mate en muy pocas jugadas. El inspector Crown sospecha también que, al iniciarse la partida, Vera ya se hallaba amordazada y amarrada a la silla donde fue decapitada, pues su brazo derecho estaba totalmente libre. El asesino no se lo ató, para que pudiera mover sus piezas —explicó Joyce.

—Le dio jaque mate... y la mató de verdad —añadió Edward.

—Debe tratarse de un loco, de un maníaco —masculló Barry.

—Que sabe jugar al ajedrez... —apostilló el viejo Conrad.

CAPITULO VI

Un rato después, Dick, Marion, Barry, Edward y Joyce abandonaban la casa del viejo Winters, todos al mismo tiempo.

Subieron en sus respectivos coches y emprendieron el regreso a Londres. Joyce Pickens fue directamente a su casa.

En principio, su idea fue visitar algún club de ajedrez, tal y como hiciera Dick la noche anterior, para tratar de conseguir un buen jugador que la enseñase, pero prefirió dejarlo para la tarde.

Su estado de ánimo no era el más ideal.

El asesinato de Vera le había afectado profundamente.

Más que el asesinato en sí, la forma en que éste había sido llevado a cabo. Pobre Vera...

Cuánto debió sufrir, amordazada y amarrada a la silla, teniendo frente a sí al asesino, jugando al ajedrez con él, con la mano libre...

Debieron ser unos minutos de intensa angustia, de continuo horror, de infinito terror... Luego, la decapitación.

¿Con qué le cortaría el asesino la cabeza, con un hacha...?

El arma homicida no había aparecido en el apartamento de Vera, el asesino se la había llevado.

Joyce empezó a sentirse mal.

Notaba una gran pesadez en el estómago.

Muy pronto, unas náuseas difíciles de contener le hicieron temer que no le daría tiempo a llegar a casa y vomitar en el inodoro.

Afortunadamente, consiguió llegar a casa.

Estacionó el coche y subió rápidamente a su apartamento. Corrió hacia el cuarto de baño.

Unos minutos después, su malestar era ya mínimo.

Pálida todavía, salió del cuarto de baño y se dirigió a su habitación, dispuesta a echarse un rato.

Si conseguía dormir un par de horas, se levantaría como nueva, sin aquella sensación de cansancio que ahora la invadía.

Entró en su dormitorio, se descalzó, y se quitó el vestido, quedando en pantaloncitos y sujetador.

Se dejó caer así en la cama, boca arriba, y cerró los ojos. Pasaron diez minutos.

Joyce Pickens estaba a punto de conciliar el sueño, cuando, repentinamente, algo cayó sobre su cara, cubriéndole la boca y la nariz.

Un pañuelo empapado de cloroformo. Joyce abrió los ojos bruscamente.

Se llenó de terror al ver, inclinado sobre ella, a un individuo que se cubría con una túnica morada, cuya capucha, muy echada sobre la cara, impedía descubrir sus facciones.

Joyce intentó apartar de su rostro el pañuelo empapado de cloroformo, pero

el tipo tenía la fuerza de un búfalo, y su mano, protegida por un guante de piel, negro, continuó pegada a la cara de ella.

Medio inconsciente ya, braceó y pataleó con furia. Incluso trató de arañar la cara del agresor.

No pudo.

El desconocido tenía los brazos muy largos, y su oculto rostro quedaba fuera del alcance de las uñas de Joyce.

Como último recurso, la desesperada joven intentó clavarle las uñas en el brazo. Un brazo tan duro como el acero.

Entre esto, y que el cloroformo ya había minado considerablemente sus fuerzas, Joyce no logró su propósito.

Tan sólo unos segundos después, sus brazos caían lánguidamente sobre la cama y todo su cuerpo quedó inmóvil, dormido.

Los párpados de Joyce Pickens se cerraron, ocultando todo el pánico que en aquellos momentos expresaban sus desorbitados ojos.

* * *

Al volver en sí, Joyce Pickens se vio en el living, fuertemente atada a una silla, amordazada a conciencia.

Frente a ella, sentado en el diván, se hallaba el tipo de la túnica morada, en cuyo pecho, bordado en hilo de oro, llevaba un horrible esqueleto humano empuñando una guadaña.

Entre ambos, la pequeña mesa del living, y sobre ella, el juego de ajedrez que la noche anterior le regalara el viejo Conrad, y con el cual, y con la ayuda del libro que igualmente le regalara tío Conrad, practicó durante más de dos horas.

Todas las piezas se hallaban sobre el tablero. En sus casillas correspondientes.

A punto para iniciar la partida...

Una oleada de frío estremeció el cuerpo, prácticamente desnudo —seguía en pantaloncitos y sujetador, atrevidamente reducidas ambas prendas—, de Joyce Pickens.

¡Tenía ante sí al asesino de Vera!

¡Quería jugar una partida de ajedrez con ella!

¡Por eso le había dejado libre el brazo derecho!

¡Le ganaría fácilmente y luego le cortaría la cabeza!

Joyce Pickens, dominada por el espanto, trató de arrancarse la mordaza con la mano libre.

—No lo hagas, Joyce Pickens —ordenó el hombre que se escondía bajo la túnica morada.

Al oír aquella voz, grave, hueca, profunda, que parecía llegar de otro mundo, Joyce interrumpió el decidido movimiento de su brazo, al tiempo que un segundo ramalazo de frío le recorría el cuerpo.

—Si intentas quitarte la mordaza, no te daré la oportunidad de salvar tu vida —advirtió el desconocido.

Joyce, tras un largo titubeó, bajó lentamente el brazo. El tipo de la voz tenebrosa habló de nuevo:

—Vamos a jugar al ajedrez, Joyce Pickens. Si me ganas, me iré sin hacerte nada. Si gano yo, te mataré.

El corazón de Joyce se paró un instante.

¡No!

¡No podía jugar al ajedrez con el asesino!

¡El dominaba el juego y ella no!

¡Le ganaría en un abrir y cerrar de ojos, como a Vera, y luego la decapitaría!

—Realiza tu primer movimiento, Joyce Pickens —indicó el individuo de la túnica.

La aterrada joven intentó decirle al tipo que ella no estaba en condiciones de enfrentarse a nadie al ajedrez, pero la mordaza ahogó totalmente sus palabras.

De pronto, Joyce reparó en la libreta y en el lápiz que había sobre la mesa, al lado del teléfono.

Eran de ella.

Los había utilizado la noche anterior, durante el tiempo que estuvo practicando, para realizar anotaciones relacionadas con el juego.

Con el brazo libre, Joyce hizo saber al misterioso sujeto que deseaba escribir algo. El individuo asintió:

—Hazlo.

Joyce atrapó el lápiz y escribió nerviosamente: «¡No puedo jugar al ajedrez con usted!

¡Yo no sé jugar, estoy aprendiendo ahora!» Le mostró la libreta al tipo.

Este respondió:

—Lo siento, Joyce Pickens, pero no tienes alternativa. O juegas conmigo, o te mato ahora mismo.

Joyce escribió: «¡No me mate, se lo suplico! ¡Me entregaré sumisamente a usted, dejaré que haga lo que quiera conmigo! ¡Soy joven, bonita y bien formada! ¡Goce de mi cuerpo, en vez de destruirlo!»

Cuando el tipo de la túnica lo leyó, dejó escapar una risita realmente escalofriante.

—Yo no puedo gozar de tu cuerpo, Joyce Pickens.

«¿Por qué? ¿Acaso es impotente?», preguntó la joven con la mirada.

—No pertenezco a este mundo. Vengo continuamente a él, eso es cierto; pero sólo a llevaros a los mortales al otro mundo, al de los muertos. Esa es mi única misión. Soy la Muerte... —reveló el ser que se ocultaba bajo la túnica morada.

A Joyce Pickens le resbaló el lápiz de entre los dedos y éste cayó al suelo.

Sus ojos se abrieron tanto, que dio la impresión de que las bolas iban a

salirse de sus cuencas.

La sangre, en sus venas, se había convertido en hielo.

¡La Muerte!

¡Tenía ante sí a la Muerte!

¡El personaje más temido y más odiado de todo el Universo!

¡Nadie podía esquivarle!

¡Era inútil tratar de escapar de él!

A la horrorizada Joyce se le nubló la vista. Todo empezó a moverse a su alrededor. Estaba a punto de desvanecerse de terror...

La Muerte dejó oír nuevamente su siniestra voz:

—No te desmayes, Joyce Pickens. Si te desvaneces, no volverás a despertarte.

La advertencia era tan clara, que Joyce, realizando un supremo esfuerzo, consiguió mantenerse despierta.

—Abre el juego, Joyce Pickens —indicó la Muerte.

La joven movió su helado y tembloroso brazo, tomó un peón, y lo avanzó una casilla. Fue el inicio de la partida.

Una partida que, como ya se temía Joyce, duró sólo unos minutos. La Muerte le dio jaque mate en muy pocas jugadas.

—Has perdido, Joyce Pickens. Tendrás que venir conmigo al mundo de los muertos. La aterrorizada muchacha sintió que la vista se le nublaba de nuevo.

La Muerte mostró su terrorífica guadaña. Afilada.

Destellante...

Joyce Pickens no pudo resistir tanto horror.

Dobló la cabeza sobre su pecho casi desnudo y quedó inmóvil. Desvanecida.

CAPITULO VII

Poco después de haber puesto en marcha su coche, Dick Moore dijo:

—Siento haberla invitado a venir conmigo a casa de tío Conrad, Marion. De haber sabido que...

—Usted no podía saberlo, Dick —repuso Marion Ritter.

—Pobre Vera...

—¿Cuántos años tenía?

—Sólo veintitrés.

—En la flor de la vida... ¿Era bonita?

—Sí, era una chica muy atractiva.

—Su otra prima, Joyce, también lo es.

—Sí.

—Barry y Edward, en cambio, son más bien feos. Especialmente, Barry. Moore no dijo nada.

—Usted es mucho más guapo, Dick.

—Gracias —sonrió ligeramente Moore.

—¿Por qué no nos tuteamos? —sugirió Marion.

—Estaba pensando en proponérselo.

—No es cierto. Tú estabas pensando en Vera.

—Sí, es verdad —asintió Dick, tristemente—. No logro apartarla de mi pensamiento.

—¿Le tenías mucho aprecio?

—Si he de ser sincero, sólo regular. En realidad, nos llevábamos mal. Y no solamente Vera y yo. Los cinco. Cada vez que nos reunimos en casa de tío Conrad, nos ponemos a discutir. Anoche, sin ir más lejos, estuve a punto de liarme a puñetazos con Edward y con Barry.

—¿En serio...?

—Sí. El viejo Conrad lo impidió.

—¿Por qué fue la discusión?

—Tío Conrad nos había citado a las ocho, y yo llegué pasadas las nueve. La excusa que di para justificar mi retraso, no convenció a mis primos, y los tres me atacaron verbalmente.

—¿Sólo tres...?

—Vera, Edward y Barry. Joyce no se metió conmigo, en esta ocasión.

—¿Por qué te retrasaste tanto, Dick? Moore la miró.

—¿Cuántos años tienes, Marion?

—¿Otra vez?

—¿Te lo había preguntado ya?

—En tu casa. Y yo te respondí que diecinueve.

—Entonces, no puedo decirte por qué me retrasé. Eres demasiado joven. Marion Ritter apretó los labios.

—No soy una niña, Dick.

—Físicamente, al menos, es evidente que no... —sonrió Moore, posando un instante su mirada en las protuberancias pectorales de la hija del presidente del Club Alfil.

—Mentalmente, tampoco.

—Eso tendrías que demostrármelo.

—¿Acostándome contigo? Dick tosió.

—Diablos, qué directa eres, Marion.

—No me gusta andarme por las ramas.

—Claro, eso es de monos.

—No me vengas con chistes ahora, y responde a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—No te hagas el Bjorn Borg.

—¿Cómo?

—El sueco, quiero decir,

—¡Oye, tú también sabes hacer chistes! —rió Dick.

—¿Qué te gustaría que hiciera, para demostrarte que mentalmente tampoco soy una niña?

—Pues, comportarte como una mujer, sencillamente.

—¿En la cama y contigo?

—Ya estamos otra vez —tosió de nuevo Dick.

—Si es que tú no piensas en otra cosa.

—Eso no es verdad.

—¿A qué le llamas tú comportarte como una mujer, vamos a ver?

—Pues a eso, a comportarte como una mujer.

—Sé más explícito, no te de vergüenza.

—Diablos, no es tan fácil, Marion. Y, menos, contigo, que en seguida te ves en la cama.

—Ahí es donde te gustaría llevarme, confiésalo de una vez.

—Yo no me acuesto con menores.

—¡Ya me estás llamando niña otra vez!

—Me he limitado a señalar que eres menor de edad, sólo eso.

—¿Y no es lo mismo...?

—Por supuesto que no.

—A mí me parece que sí.

—No discutamos, Marion, por favor.

—Es que a ti no hay quien te entienda, Dick. Primero me dices que tendría que demostrarte que, mentalmente, tampoco soy una niña, y cuando yo te pregunto qué te gustaría que hiciera para demostrártelo, te escurres como una anguila y no me das una respuesta concreta.

—Marion, la mujer que es mujer, no necesita que ningún hombre le diga lo que debe hacer para demostrar que lo es. ¿Me he explicado con claridad esta vez...?

—Con meridiana claridad —gruñó la joven.

—Me alegra que al fin me hayas entendido.

—Te entendí desde el principio, lo que pasa es que tú has tratado de confundirme. De picarme, más bien, recordándome una y otra vez que aún me falta un año y un mes para alcanzar la mayoría de edad. ¡Cómo si una chica no se sintiese tan mujer a los veinte años como a los veintiuno!

—Es que tú ni siquiera tienes veinte, Marion... —carraspeó Moore.

—¡Vete a la porra, Dick! —se enfureció la muchacha.

—Por ahí se va —rió Moore, y tomó el desvío que había a la derecha.

* * *

Marion Ritter respingó en el asiento.

—¡Eh!, ¿adónde me llevas? —gritó.

—A la porra. Está sólo a quince kilómetros de aquí —respondió Dick Moore.

—¡Déjate de bromas, Dick!

—¿Quién bromea?

—¡Ya estás volviendo a la carretera general!

—Me gusta más ésta.

—¡Esto no es una carretera, es un camino!

—Que conduce a la porra, un lugar encantador. Marion Ritter bufó.

—¡Para el coche, Dick!

—No.

—¡Páralo inmediatamente o te arreo con el bolso en toda la cara! —amenazó la joven, enarbolándolo con decisión. Dick detuvo el «Simca-1200».

—Puedes bajar el bolso, ya he parado el coche. Marion, ceñuda, interrogó:

—¿Por qué te metiste por este desvío? ¡Y no me digas otra vez que conduce a la porra, porque te suelto un bolsazo que te dejo tonto! —advirtió.

Dick sonrió.

—Tengo una pequeña cabaña muy cerca de aquí. La joven pestañeó.

—¿Una cabaña?

—Sí.

—¿Y quieres ¡levarme a ella?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que la conozcas.

—¿Sólo para eso...? —inquirió Marion, con desconfianza.

—No.

—Ya sabía yo que había algo más.

—Es un lugar solitario, muy íntimo. Ideal para una pareja.

—Nosotros no somos una pareja.

—¿No me digas que somos tres?

—Yo sé lo que me digo. Vamos, da marcha atrás.

—¿No quieres conocer mi cabaña...?

—Otro día, gracias.

—Te asusta estar conmigo a solas en un lugar solitario, ¿eh?

—Ni me asusta ni me deja de asustar. Pero no quiero ir a tu cabaña. Sé lo que pasaría allí.

—¿Qué pasaría, chica lista?

—Intentarías seducirme.

—¿Y crees que lo lograría...?

—No, porque te dejaría la cara plana de un bolsazo, y se te irían las ganas de hacerme el amor.

Dick se echó a reír. Marion soltó un gruñido.

—¿Tan gracioso es lo que he dicho?

—No.

—¿Por qué te ríes, entonces?

—Porque te he engañado como a un chino. Marion entrecerró los ojos.

—¿Engañado?

—Yo no tengo ninguna cabaña, ni cerca ni lejos de aquí.

—Y ni siquiera sé adónde conduce este camino —confesó Dick. Marion Ritter apretó furiosamente los dientes.

—Conque me has tomado la melena, ¿eh?

—Tú no llevas melena, tienes el pelo corto.

—¡No importa! Dick carraspeó.

—No te enfades, Marion. Sólo quería demostrarte que no eres tan mujer como crees.

—¿Qué...? —rugió ella, enrojeciendo.

—Te has asustado como una chiquilla al creer que te llevaba a una cabaña solitaria, para...

—¡Yo no me he asustado!

—Claro que te has asustado, lo vi claramente en tu cara. Seguro que pensaste que, una vez en la cabaña, iba a violarte o algo así.

—¡Eres un...!

—¿Un qué?

—¡No te lo digo porque yo no suelto palabrotas!

—Haces bien. Sonarían fatal, en una boquita tan preciosa como la tuya.

—¡Larguémonos inmediatamente de aquí!

—A la orden, señor.

—¡Basta ya de burlas, Dick! ¡Si sigues pinchándome, acabaré por estallar!

—Como una muñeca hinchable.

—¡ Seguro que tienes una en tu armario!

—Te equivocas, a mí me gustan de carne y hueso. A ser posible, con más carne que hueso.

—¿Es una indirecta?

—¡No!

Marion Ritter volvió un instante la cabeza.

—¡Mira por dónde conduces, no vayamos a estrellarnos contra un árbol.

—No temas, me fijo lo suficiente.

Marion emitió un gruñido, pero ya no dijo nada. El «Simca-1200» siguió haciendo marcha atrás.

Unos segundos después, alcanzaba la carretera general.

* * *

Minutos más tarde, Dick Moore estacionaba el coche frente a su apartamento, justo detrás del «Citroen CX-Pallas» de Marion Ritter.

Descendieron los dos del auto.

Marion fue rápidamente hacia su coche.

—¡Eh, Marion! —exclamó Dick.

La joven se detuvo y le miró, con una cara de vinagre que invitaba a comer cebolletas en ídem.

—¿Qué pasa?

—A mi apartamento se sube por ahí... —Dick señaló la escalera con el brazo.

—Ya lo sé. Pero es que yo no voy a subir a tu apartamento. Ni hoy ni nunca.

—¿Qué...? —respingó Dick.

—Lo que oyes.

—¿Y las lecciones de ajedrez...?

—Que te las dé tu tía.

—¿Es que no sabes aguantar una broma...?

—Sí, pero a ti no tengo por qué aguantártelas.

—Así reaccionaría una niña, y perdona que te lo diga. Los ojos de Marion Ritter chisporrotearon.

—¡No volverás a verme nunca más, Dick Moore!

—Prometiste enseñarme a jugar bien al ajedrez. Intentarlo, al menos —recordó Dick.

—¡Al cuerno mi promesa! —rugió Marion, y se introdujo en su coche. Dick se agachó y la miró por la ventanilla.

—Cuando se te pase la rabieta, vuelve.

—¡Ni lo sueñes!

—Te estaré esperando, Marion.

—¡Ya puedes ir por un frasco de tinte!

—¿Porqué?

—¡Te saldrán canas, esperándome!

—Mejor. Así podré echarme alguna al aire —sonrió socarronamente Dick.

El chiste del agente de seguros arrancó un bufido de cólera a la hija del presidente del Club Alfil.

—¡Al diablo contigo! —rugió, y puso en marcha su coche. El «Citroen CX-Pallas» salió disparado.

Dick Moore esperó a que el auto se perdiera de vista, que fue casi en seguida, y luego subió a su apartamento.

El no lo sabía, pero allí había alguien esperándole.

CAPÍTULO VIII

Apenas abrir la puerta de su apartamento, Dick Moore sospechó que allí se ocultaba alguien.

Las persianas de las ventanas estaban echadas, y él no las había dejado así cuando salió con Marion Ritter para dirigirse a casa del viejo Conrad.

Alguien las había echado.

Alguien que deseaba que el apartamento estuviese, en penumbra. Dick deseaba todo lo contrario.

Por eso, lo primero que hizo, fue alargar la mano hacia el interruptor de la luz del recibidor y accionarlo.

La lámpara, sin embargo, no se encendió. Dick accionó de nuevo el interruptor.

El resultado fue el mismo.

Dick Moore empezó a pensar en el asesino de Vera Gabor.

¿Tendría razón el inspector Crown?

¿Sería la fortuna del viejo Conrad la causa de que Vera hubiese sido asesinada, y uno de sus herederos el asesino?

Barry, Edward y Joyce no tenían coartada. Dick descartó inmediatamente a Joyce.

No podía imaginarla decapitando a nadie.

Además, Joyce no sabía jugar al ajedrez, y el asesino de Vera, sí. Quedaban Barry y Edward.

Ninguno de los dos había confesado no saber jugar al ajedrez, aunque tampoco habían dicho que supiesen.

Tal vez alguno de ellos supiese lo suficiente como para derrotar en muy pocos movimientos a la inexperta Vera...

No.

Tampoco podía admitir que Barry o Edward fuese el asesino.

El crimen había sido demasiado horrible, demasiado espantoso. Sin embargo, nadie más se beneficiaba de la muerte de Vera.

Sólo ellos cuatro.

Si Vera había sido asesinada, y ahora trataban de liquidarle a él, no cabía la menor duda de que el asesino tenía algo que ver con la fortuna del viejo Conrad Winters.

De otro modo, no tendría sentido.

Mientras reconsideraba la posibilidad de que Barry o Edward fuese el asesino, Dick Moore avanzó cautelosamente hacia el living, procurando ahogar sus propias pisadas.

Para ello confiaba en su fino oído.

Dick alcanzó el living sin detectar el más mínimo ruido. Allí estaba todo igual.

El tablero de ajedrez sobre la pequeña mesa, las piezas blancas y negras en

sus casillas correspondientes, a punto de iniciar la partida...

Dick dejó el living y se dirigió a su dormitorio. Con todos los sentidos alerta.

La puerta permanecía entornada.

Dick no recordaba si él la había dejado así.

La empujó suavemente con las yemas de los dedos, hasta dejarla abierta de par en par. El dormitorio se hallaba muy oscuro.

Dick no pudo ver nada. Probó a encender la luz.

Como ya temía, la lámpara del techo no se encendió.

El asesino, sin duda, había cortado los fusibles, inutilizando todas las luces del apartamento.

Dick intuía que se hallaba escondido allí, en el dormitorio. Aun así, entró en él.

Sabía que corría un riesgo, pero el único modo de hacer salir al asesino de su escondrijo era ése.

No se equivocó.

Apenas había dado dos pasos, cuando una sombra surgió de detrás de un sillón y saltó ágilmente sobre su espalda, cubriéndole la boca con la mano, como para impedir que gritara.

Dick ni siquiera lo intentó.

Tenía cosas más importantes que hacer que intentar gritar. Librarse del asesino, por ejemplo.

Y se libró.

¡Vaya si se libró!

En sólo un par de segundos, levantó los brazos, lo agarró por la cabeza y lo volteó por encima de la suya con asombrosa facilidad.

El agresor voló por los aires como un pájaro y cayó violentamente sobre la cama, dando un grito.

Un grito muy extraño. Como de rata.

Dick no le concedió ni un segundo de tregua.

Saltó como un puma sobre la cama, cayendo sobre el asesino, al cual se dispuso a dormir a puñetazos.

Ya tenía levantado el puño derecho, cuando la persona que se hallaba debajo de él gritó:

—¡Dick!

Moore se quedó quieto.

Con la otra mano, la izquierda, palpó la cara de la persona que él había volteado por encima de su cabeza.

Se estremeció al tocar la piel suave y delicada.

Su mano bajó rápidamente hacia el pecho de la persona que le atacara por la espalda. Se estremeció más profundamente al palpar unos senos voluminosos y duros, totalmente desnudos.

—¡Ay, madre! —se le escapó.

Inmediatamente saltó de la cama y se abalanzó sobre la ventana, cuya

persiana abrió de golpe.

La habitación se llenó de claridad.

—¡Lorena...! —exclamó Dick, contemplando con ojos atónitos a la bella pelirroja que yacía de espaldas sobre la cama, cubierta tan sólo con un superdiminuto slip negro.

Lorena Faye, alias la Cobra, incorporó ligeramente el torso y le miró furiosa.

—¡Menudo porrazo me has dado, Dick! ¿Qué pretendías hacer conmigo, pedazo de salvaje?

Dick Moore estaba tan perplejo, que no sabía qué decir.

La artista del strip-tease que poseía realmente un cuerpo realmente portentoso, quedó sentada en la cama y se llevó las manos a los riñones, con claro gesto de dolor.

—Casi me has partido el esqueleto, animal. Y menos mal que caí sobre la cama, porque si ¡lego a estrellarme contra el suelo, no lo cuento.

Dick salió de su estupor y sé acercó a ella.

—¿Cómo diablos iba a saber yo que eras tú quien...?

—Quise darte una sorpresa, pero la sorpresa me la has dado tú a mí —rezongó Lorena, sin apartar las manos de sus riñones.

—¿Por qué echaste todas las persianas? ¿Por qué estropeaste los fusibles? ¿Por qué me atacaste por la espalda, como si quisieras estrangularme?

—Eché las persianas, sí, pero no estropeé los fusibles; sólo los quité.

—¿Por qué?

—Para dejarlo todo oscuro. Formaba parte de la sorpresa. Yo quería esperarte ligera de ropa, oculta en tu dormitorio. Esperaba que tú te dieras cuenta inmediatamente de que era una mujer, prácticamente desnuda, quien había saltado sobre tu espalda. Hubiera sido muy divertido jugar a ver si lograbas adivinar, sólo con el tacto, que era yo —explicó la artista del strip-tease.

—Y lo adiviné...

—Cuando levantaste las persianas, no antes. ¡Si hasta intentaste darme un puñetazo! Dick tosió.

—Bueno, es que mis manos aún no habían tocado tu cara y tus...

—Ni siquiera entonces descubriste que era yo. Supiste, si, que se trataba de una mujer, porque los hombres tienen el cutis más áspero y no tienen pechos, pero no tenías ni idea de qué mujer se trataba.

Dick se sentó en la cama.

—Lo siento de veras, Lorena. No era mi intención hacerte daño.

—Pero me lo hiciste. Seguro que esta noche no puedo mover ni un dedo. No podré actuar en el club... —se lamentó la Cobra.

—¿Te duele la espalda?

—Me duele todo.

—No te preocupes. Te daré unas friegas de alcohol y quedarás como nueva —aseguró Dick.

Lorena Faye le miró, con un brillo malicioso en los ojos. Moore la observó de cuello para abajo.

La Cobra realizó una profunda inspiración, como para asegurarse de que no tenía ninguna costilla rota.

El resultado fue tan impresionante, que Dick tuvo la sensación de que el cuello de la camisa se le había quedado pequeño de pronto.

—Todo lo intensas que tú quieras, Lorena —respondió, casi sin darse cuenta.

—Ya puedes empezar —indicó ella.

—Voy a por el frasco de alcohol.

—Dame un beso primero. Dick la besó.

Lorena colaboró expertamente en la caricia, al tiempo que le rodeaba con sus brazos. Ya empezaba a hacer honor a su nombre artístico.

Y como siguió en este plan, no hubo más remedio que dejar lo de las friegas de alcohol para más tarde...

CAPITULO IX

Al contrario que Joyce Pickens, Barry Linder no fue directamente a su casa, cuando regresó a Londres.

Le había impresionado mucho la muerte de Vera Gabor, sí; pero no tanto como para hacerle olvidar la condición que había puesto el viejo Conrad Winters a sus herederos.

Había que derrotarle al ajedrez, para poder recibir las trescientas mil libras. Casi cuatrocientas mil, ahora que Vera había muerto.

El sería el primero en derrotarle, y así heredaría la magnífica casa también. Aprendería a jugar bien más pronto que Dick, Edward y Joyce.

Lo malo era que el maldito Dick ya tenía quien le instruyera en el juego. Marion Ritter.

La hija del presidente del Club Alfil.

Una excelente jugadora, según había dicho Dick... Bien.

El también encontraría un experto ajedrecista. Mejor que Marion Ritter.

A eso le dedicó el resto de la mañana.

Visitó un par de clubs de ajedrez, pero no le acompañó la suerte.

Los escasos ajedrecistas con los que tuvo ocasión de conversar —los clubs por las mañanas están prácticamente desiertos— no aceptaron su proposición.

A Barry, incluso, le dio la impresión de que no le tomaban en serio. Que no creían su historia, vamos.

Contrariado, pero firmemente dispuesto a visitar de nuevo esos y otros clubs por la tarde, cuando estuviesen más concurridos, regresó a su casa.

Antes de almorzar, se desnudó completamente y se puso bajo la ducha. Se frotó vigorosamente el cuerpo, velludo y repleto de músculos.

Unos minutos después, cerraba la llave de la ducha y procedía a secarse con una toalla, la cual, concluido el secado, se enrolló a la cintura.

Así, cubierto tan sólo con la toalla, salió del cuarto de baño. Sólo pudo dar dos pasos.

Un objeto contundente chocó con tremenda fuerza contra la parte posterior de su cabeza.

Barry Linder emitió un débil gemido y se desplomó como un saco de patatas. Quedó inmóvil en el suelo.

Privado por completo del sentido.

* * *

El despertar de Barry Linder fue idéntico al de Vera Gabor y Joyce Pickens.

Fuertemente amarrado a una silla. Concienzudamente amordazado. En el living de su apartamento.

Frente a la mesa ratona, con el juego de ajedrez que le regalara el viejo

Conrad dispuesto para iniciar la partida. El tipo de la túnica morada al otro lado de la mesa, sentado en el diván, la capucha muy echada sobre la cara, ocultando sus facciones.

Había, no obstante, dos sensibles diferencias, con relación al despertar de Vera Gabor y Joyce Pickens.

Primera: a Barry Linder le dolía terriblemente la cabeza, a causa del golpe que recibiera en ella y que le dejó sin sentido.

Segunda: el individuo de la túnica morada no tenía su terrorífica guadaña escondida tras el diván, sino que la tenía en las manos, presto a utilizarla si su víctima con el brazo libre, intentaba desatarse o arrancarse la mordaza.

Barry Linder, tras unos segundos de lógico desconcierto, y al descubrir que su brazo derecho no estaba atado, hizo lo que ya esperaba el tipo de la túnica morada: llevarse la mano a la taponada boca.

El individuo que ocultaba la cara levantó la guadaña, amenazante.

—Baja ese brazo, Barry Linder. Bájalo inmediatamente y mantenlo quieto, o te abro en canal con mi guadaña.

Barry, aunque no tenía nada de cobarde, no pudo evitar que se le erizara la piel al escuchar la siniestra voz del tipo que le amenazaba con una guadaña.

Consciente de que, con un solo brazo, no podría hacer frente con éxito al misterioso sujeto, decidió obedecer.

El tipo bajó la guadaña y le dijo lo mismo que a Vera Gabor y Joyce Pickens. Que era la Muerte.

Que quería su vida.

Que, no obstante, iba a darle una oportunidad de salvar la vida. Si Barry ganaba, seguiría en el mundo de los vivos.

Si perdía...

Barry Linder, tras unos segundos de vacilación, accedió. No, no confiaba en ganar al asesino.

El apenas sabía jugar al ajedrez. Sólo trataba de ganar tiempo.

El asesino podría tener un descuido, y entonces...

Porque Barry Linder no había creído ni por un momento que se hallaba frente a la Muerte.

No era tan ingenuo.

Se trataba de un tipo de carne y hueso. Como él.

Probablemente con la mente desequilibrada. Loco perdido.

Barry reconocía, eso sí, que el tipo era tan peligroso como la propia Muerte.

—Abre el juego, Barry Linder —indicó el individuo. Barry obedeció.

Pocos minutos después, el asesino le daba jaque mate. Barry maldijo para sus adentros.

El tipo no había tenido la menor distracción. No había sido posible sorprenderle.

Estaba, pues, irremisiblemente perdido. El asesino se puso en pie lentamente.

—Vas a morir, Barry Linder. Viajarás conmigo al Reino de las Tinieblas. No.

Barry no estaba dispuesto a realizar ningún viaje. Y menos, al Reino de las Tinieblas.

A él no le gustaba la oscuridad.

Ni siquiera cuando se hallaba en la cama con una mujer.

El siempre quería ver a su alrededor, saber dónde o con quién se encontraba. Tenía que hacer algo.

Y lo hizo.

Justo en el instante en que el asesino se disponía a segarle la cabeza con su enorme y centelleante guadaña, atrapó el cenicero que descansaba sobre la mesa y se lo arrojó a la cara.

Desgraciadamente para él, el tipo movió la cabeza a tiempo y el cenicero sólo golpeó la pared.

Barry buscó desesperadamente con la mirada otro objeto duro que poder arrojarle, pero ya no le dio tiempo.

La escalofriante guadaña se abatió sobre él. Sobre su cuello, más concretamente.

Con terrible ferocidad.

La cabeza quedó separada limpiamente del tronco y rodó macabramente por el suelo, mientras un auténtico surtidor de sangre brotaba del cercano cuello de la víctima, manchándolo todo.

CAPITULO X

Dick Moore se encontraba en el living, sentado en el diván, practicando con el libro de ajedrez que le obsequiara el viejo Conrad Winters la noche anterior.

Lorena Faye hacía ya rato que se había marchado. No le fue fácil quitársela de encima, no.

Y nunca mejor empleada la expresión.

La Cobra había ido decidida a pagar el día entero con él, y a Dick le resultó muy difícil convencerla de que eso no podía ser, pues él tenía cosas que hacer.

Finalmente, y con la promesa por parte de Dick de que aquella noche iría a recogerla al club donde ella se quedaba en cueros diariamente, la artista del strip-tease abandonó el apartamento del agente de seguros.

Dick no sólo deseaba que Lorena se marchase para poder practicar el juego del ajedrez. Temía que Marion Ritter volviese y le sorprendiese con la Cobra.

Porque Dick tenía la seguridad de que, pasado su enfado, la hija del propietario del Club Alfil volvería y cumpliría su promesa: enseñarle a jugar bien al ajedrez.

Él lo deseaba fervientemente.

Y no sólo por la necesidad que tenía de dominar lo mejor y lo más pronto posible el juego del ajedrez.

Marion le gustaba.

Le había gustado desde el primer momento. Desde que la besó en plena acera.

No mintió al decir que besarla le había producido una sensación nueva, distinta... De pronto, el timbre de la puerta se dejó oír.

Dick Moore respingó en el diván.

—¡Marion! —exclamó, convencido de que se trataba de la encantadora joven. Saltó del diván y corrió a abrir.

Al tirar de la puerta, se llevó una tremenda desilusión. No era Marion Ritter.

Era el inspector Crown, de Scotland Yard, a quien acompañaba el detective Mason.

—¿Qué tal, señor Moore? —sonrió con suavidad Crown.

—Hola, inspector —carraspeó Dick.

—Parece usted sorprendido...

—Y lo estoy. No lo esperaba.

—¿Podemos pasar unos minutos?

—Desde luego.

El inspector Crown y el detective Mason entraron en el apartamento.

—¿Está solo, señor Moore? —inquirió Crown.

—Sí, estoy solo —asintió Dick.

—Creí que la señorita Ritter estaría con usted...

—No, se fue a su casa cuando regresamos de casa de tío Conrad.

—¿No se había comprometido con usted a enseñarle a jugar bien al ajedrez? Dick entrecerró un ojo.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El señor Ritter.

—¿Ha hablado usted con Charles Ritter?

—Sí, hablé hace unos minutos con él...

—Para comprobar que cuanto le habíamos dicho Marion y yo era cierto, ¿eh? El inspector Crown sonrió.

—Era mi obligación, señor Moore.

—Ya.

—¿Dónde ha estado desde que se separó de Marion Ritter? —interrogó Crown.

—Aquí, en mi apartamento —respondió Dick—. ¿Por qué lo pregunta?

—Joyce Pickens también ha sido asesinada —informó el inspector Crown.

—¿Qué...? —exclamó Dick, al tiempo que el corazón le daba un salto.

—Alrededor de ¡as once, en su apartamento, por la misma persona que asesinó a Vera Gabor.

—¡No es posible!

—Murió exactamente igual que Vera Gabor. Amarrada a una silla, con el brazo derecho libre, amordazada, decapitada..., frente a un tablero de ajedrez, tras haber sido obligada a jugar una partida con el asesino, y que éste ganó con absoluta facilidad, gracias a los torpes movimientos de su víctima —explicó gravemente Crown.

—Joyce sabía jugar al ajedrez... —repuso Dick, roncamente.

—Lo sé. Y Vera Gabor tampoco. Por eso le fue tan fácil al asesino ganarles. El sí sabe jugar.

—¿Sigue sospechando que el asesino es uno de los herederos, inspector Crown? — inquirió Dick.

—Sí. Ahora, con mayor motivo que antes. Ya sólo quedan Barry Linder, Edward Banks y usted. Salen a medio millón de libras cada uno, por el momento. Casi el doble de la cantidad que habrían percibido de no morir ninguno de ustedes.

Dick no replicó.

Comprendía perfectamente que el inspector Crown sospechase de ellos.

El mismo llegó a sospechar de Barry y de Edward, cuando se encontró el apartamento en penumbra y las luces inutilizadas.

El inspector Crown profetizó:

—El asesino, sea quien sea, seguirá matando. Si, como parece evidente, no es usted, lleve cuidado —aconsejó—. La próxima víctima podría ser usted, señor Moore — advirtió.

Dick siguió callado.

—Vámonos, Mason —indicó Crown.

El inspector y su fornido ayudante caminaron hacia la puerta.

—Un momento, inspector Crown —rogó Dick. Crown volvió.

—¿Sí, señor Moore...?

—¿Ha hablado ya con Barry y Edward?

—No, no me ha sido posible. No estaban en sus casas. Pero hablaré con ellos más tarde. O mucho me equivoco, o uno de los dos es el asesino.

Dick no hizo ningún comentario.

El inspector Crown añadió:

—El señor Winters no sabe que Joyce Pickens ha sido asesinada. Me di cuenta de que la muerte de Vera Gabor le afectó muchísimo, y dado su delicado estado de salud, he creído conveniente no...

—Ha hecho usted bien, inspector —repuso Dick—. Dos noticias tan trágicas y tan horrendas, en una misma mañana, podría ser demasiado para su débil corazón.

—Eso mismo pensé yo. Adiós, señor Moore.

—Adiós, inspector.

El inspector Crown y el detective Mason, cuya voz seguía sin conocer Dick, salieron del apartamento.

Dick permaneció cerca de la puerta. Pensativo.

Vera y Joyce muertas... Horriblemente decapitadas...

Y Barry o Edward podía ser el asesino. Puestos a sospechar, Dick lo hizo de Edward. Era más inteligente que Barry...

Bien.

No podía quedarse cruzado de brazos, esperando pacientemente que el asesino, fuera Edward o fuera Barry, se decidiese a eliminarle a él también.

Dick era partidario de agarrar el toro por los cuernos.

Sin meditarlo más, atrapó su chaqueta, se la puso, y abandonó el apartamento. Iba a tener una interesante charla con Edward y Barry.

CAPITULO XI

Veinte minutos después, Dick Moore estacionaba su «Simca-1200» frente al departamento de Edward Banks. Descendió del coche y caminó hacia la escalera. Subió los peldaños de dos en dos.

Ya ante el apartamento de Edward, pulsó el timbre. Pasó un minuto. Dick repitió la llamada.

Pasó otro minuto.

En vista de que Edward no abría, tanteó el pomo de la puerta. Tal vez no estuviese cerrada con llave.

Efectivamente, no lo estaba.

Dick empujó la puerta con suavidad y penetró en el departamento.

Las luces permanecían apagadas, pero como las persianas no estaban echadas del todo, había claridad suficiente.

—¿Edward...? —llamó Dick, parado junto a la puerta. No obtuvo respuesta. Dick avanzó unos pasos.

Con cautela.

No olvidaba que Edward podía ser el asesino. El sádico que había decapitado a Vera y Joyce. Alcanzó el living.

Sobre la mesa de té, descansaba el juego de ajedrez que le obsequiara la noche anterior el viejo Conrad.

También el libro.

Las piezas blancas y negras se hallaban correctamente alineadas, unas frente a otras. Tiradas sobre un sillón, se veían unas cuantas revistas de reducido tamaño.

Dick no necesitó hojearlas para saber que se trataba de revistas pornográficas. Las portadas eran lo suficiente expresivas.

Y los títulos.

Sexus, Love for Sale, Sex Delight, Climax Color...

Dick dejó de prestar atención a las revistas «porno», porque para él no tenían ningún interés.

La puerta estaba entornada.

Dick la empujó con la punta del pie. Edward no estaba allí.

Aparentemente, al menos... Dick se fijó en el armario ropero.

Tenía tres puertas y la de la izquierda no estaba bien cerrada. Había pillado una tela.

Una tela morada...

Dick, picado de la curiosidad, penetró en el dormitorio y se acercó al armario.

Con precaución tiró de la puerta que no cerraba bien por culpa de la tela morada que asomaba ligeramente por la parte inferior de la misma.

Dio un salto hacia atrás instintivamente.

Lo que le asustó no fue la túnica morada que había quedado visible, con

una gran capucha y un esqueleto humano, empuñando una guadaña, en el pecho, bordado con hilo de oro, sino la guadaña de verdad que permanecía de pie en el armario, junto a la túnica.

Una guadaña enorme, realmente terrorífica, cuyo brillante filo aparecía manchado de sangre.

Una sangre seca, ya...

Dick Moore comprendió inmediatamente que aquélla era el arma empleada por el asesino para decapitar a Vera y a Joyce.

Llegó fácilmente a la conclusión, asimismo, de que Edward Banks era el asesino. Había hecho bien visitándole a él antes que a Barry. Ahora, sólo faltaba prenderle. El inspector Crown se encargaría de eso.

Le telefonearía inmediatamente. Dick salió del dormitorio.

Cuando se dirigía hacia el teléfono del living, reparó en la puerta del cuarto de baño. Estaba entreabierta.

Dick tuvo el extraño presentimiento de que allí dentro había alguien. Nada hacía sospechar tal cosa, pero...

Dick fue hacia el cuarto de baño. Abrió la puerta con el pie, de golpe...

Un grito de error estuvo a punto de brotar de su garganta.

¡Edward estaba allí!

¡Colgaba del techo con una soga alrededor del cuello! ¡Completamente desnudo!

¡Con un palmo de lengua fuera y las bolas de los ojos en blanco, a punto de saltarle de las cuencas!

¡La cara espantosamente amoratada!

Bajo sus rígidos pies, tirado, yacía un taburete. A él debió subirse para ahorcarse.

Súbitamente, el timbre de la puerta comenzó a sonar. Dick no pudo contener un respingo.

¿Quién podría ser?

Tal vez el inspector Crown, que venía a interrogar a Edward. Dick acudió a abrir.

En efecto, eran el inspector Crown y el detective Mason. Ambos parecieron sorprenderse al encontrarle allí.

—Señor Moore... —murmuró Crown.

—Hola, inspector —repuso Dick quedamente.

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Vine a hablar con Edward.

—¿Sabe que no tiene usted muy buena cara...? —observó Crown.

—No es para menos, inspector.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Edward Banks era el asesino —informó Dick.

—Eso ya lo sé. ¿Y por qué dice «era»...?

—Edward ha muerto, inspector...

—¿Muerto? —pestañeó Crown,

—Se ahorcó, sin duda horrorizado por los crímenes que había cometido.
—¿Dónde está?
—En el cuarto de baño.
—Vamos, Mason.
El inspector Crown y su mudo ayudante penetraron en el apartamento y se dirigieron rápidamente al cuarto de baño.
Dick cerró la puerta y fue tras ellos.
Crown y Mason también quedaron muy impresionados al ver la horrorosa expresión de Edward Banks.
El primero penetró en el cuarto de baño y se situó detrás de la víctima. Le observó unos minutos las manos y luego se reunió con su ayudante.
—No hay duda de que se suicidó. Tiene las manos atadas a la espalda, pero torpemente, lo que demuestra que se las ató él mismo, después de haberse ceñido la soga al cuello —comentó—. Derribó el taburete con los pies y...
—¿Cómo sabía usted que Edward era el asesino? —inquirió Dick. Crown le miró.
—Fuimos a casa de Barry Linder, nuevamente, y lo hallamos muerto, decapitado... Dick se estremeció visiblemente.
—¿También asesinó a Barry...?
—Sí.
—Edward debía haberse vuelto loco...
—Sí, eso parece.
—Pobre tío Conrad, cuando lo sepa...
—¿Cómo lo supo usted?
—¿El qué?
—Qué Edward era el asesino. Encontrarlo ahorcado en el cuarto de baño no es motivo suficiente para...
—Cuando descubrí su cadáver, ya sabía que él era el asesino. Lo supe al entrar en su dormitorio y mirar el armario —explicó Dick.
El inspector Crown miró al detective Mason.
Sin cambiar una palabra, se dirigieron los dos al armario. Dick los siguió.
Crown y Mason observaron detenidamente la holgada túnica morada y la escalofriante guadaña, manchada de sangre seca.
Para el inspector y su ayudante, fue la confirmación de que Edward Banks había sido quien había asesinado a Vera Gabor, Joyce Pickens y Barry Linder.
Pero estaban equivocados.
El asesino de Vera, Joyce y Barry seguía vivo. Edward había sido la cuarta víctima.
Y aún tenía que eliminar a la quinta persona. Dick Moore.
Y eso iba a ser muy pronto.

CAPITULO XII

Dick Moore permaneció en el apartamento de Edward Banks hasta que el cadáver de éste fue retirado.

Después regresó a su casa. Triste.

Abatido.

En tan sólo quince horas, Vera, Joyce, Barry y Edward se habían ido al otro mundo. Los tres primeros decapitados.

Demasiado horrible todo. Sería difícil olvidarlo.

A Dick no le servía el consuelo de saber que ahora era el único heredero de la fortuna del viejo Conrad.

Millón y medio de libras, más la magnífica casa.

Si conseguía ganarle una partida al ajedrez al viejo Conrad, naturalmente...

¿O ya no era necesario? No, probablemente, no.

Cuando el viejo Conrad tuviese la noticia de lo sucedido, lo más seguro es que anulase dicha condición.

Ya no tendría ánimos para nada.

Dick Moore penetró en su apartamento.

Se quitó la chaqueta, la dejó sobre una silla y se acercó al mueble bar. Necesitaba un trago.

Largo y fuerte.

Se sirvió whisky en un vaso. Sin soda.

Sin agua. Sin hielo...

En el preciso instante en que llevaba el vaso a los labios, una voz ordenó:

—No te muevas, Dick Moore. Te estoy apuntando con una pistola y no es de juguete. Dick se quedó quieto, con el brazo en alto.

Lentamente, giró la cabeza.

Observó fijamente al tipo que le encañonaba con una automática, provista de silenciador.

Joven, alto, corpulento.

Tenía el cabello negro y revuelto.

Sus facciones eran duras, y sus ojos, de pupilas verdosas, brillaban de odio.

—¿Quién eres tú? —interrogó sin ponerse nervioso.

—Mi nombre no te diría nada —respondió el individuo, que tenía una voz gruesa y ronca.

—¿Qué haces en mi apartamento? ¿Por qué me apuntas con una pistola?

—Porque voy a matarte, Dick Moore. Hubo un silencio.

—Hace falta un motivo para matar, ¿no crees? —repuso Dick, sin perder la serenidad.

—Y o lo tengo —masculló el tipo.

—¿Cuál es?

—La fortuna de Conrad Winters. Se produjo otro silencio.

Dick empezó a sospechar que se había precipitado al creer que Edward

Banks era el asesino.

Un sexto sentido le decía que el verdadero asesino estaba allí, delante de él, apuntándole con su pistola.

—¿Te importaría explicarte, amigo? —rogó Dick, tomando un sorbito de whisky, sin que le temblara en absoluto el pulso.

—La fortuna del viejo Conrad me pertenece...

—¿A ti...?

—Soy hijo de Conrad Winters —afirmó el robusto desconocido. A Dick casi se le cayó el vaso de las manos.

—¿Hijo, dices...? —parpadeó.

—Sí.

—¡Pero si el tío Conrad no se casó nunca!

—Yo no he dicho que sea su hijo legítimo —rezongó el tipo.

—Sigo sin entender, compañero.

—Mi madre trabajó, hace bastantes años, para Conrad Winters. Como sirvienta. Era guapa y tenía buen tipo. Conrad Winters no tardó en mostrarse cariñoso con ella, sin tener en cuenta que, por su edad, mi madre podría ser su hija. La ingenua de mi madre creyó que Conrad Winters se había enamorado de ella, y no rechazó sus caricias, cada vez más atrevidas. Winters acabó haciéndole el amor... Durante dos meses, mi madre se entregó a él todas las .veces que él quiso. Quedó embarazada y se lo dijo a Conrad Winters. ¿Y sabe qué le respondió él?

—¿Qué le respondió? —inquirió Dick, muy interesado.

—Que el hijo que esperaba no era suyo. El muy canalla trató a mi madre de ramera, acusándola de haberse acostado con todos los hombres que se lo proponían... Sin más, la despidió. La echó a la calle como se echa a un perro sarnoso...

—No puedo creer que tío Conrad...

—¡Lo hizo, Dick Moore, lo hizo...! —rugió el desconocido. Dick prefirió guardar silencio esta vez.

El tipo prosiguió:

—Embarazada, y sin trabajo, mi madre tuvo que recurrir a la prostitución, para poder seguir viviendo y traerme al mundo a mí. En sólo tres meses de realizar ese sucio y humillante trabajo, reunió lo suficiente para poder subsistir los meses que faltaban para mi venida al mundo. Luego, después de nacer yo, volvió a prostituirse. Durante diez largos años ejerció el oficio más antiguo del mundo... Un día, un tipo se encaprichó de ella y le pidió que se casara con él, asegurando que no le importaba lo que había hecho ni que tuviese un hijo de diez años. El tipo no era gran cosa, ni física ni económicamente, pero mi madre lo aceptó. Más que nada, por mí. Quería que tuviese un apellido, como todo el mundo que nace como debe de nacer.

El desconocido hizo una pausa y continuó:

—Mi madre jamás me habló de Conrad Winters, por temor a que yo quisiera ajustarle las cuentas. Hace unos días, sin embargo, se encontró

casualmente con una de las sirvientas más antiguas del viejo Conrad, y ésta le dijo que el viejo Conrad Winters había decidido que, salvo unas pequeñas cantidades que serían distribuidas entre ellos, toda su fortuna sería para vosotros cinco, sus únicos parientes. También le habló de la tontería esa del ajedrez. Mi madre, ese mismo día, me lo contó todo. El saber que Conrad Winters estaba muy enfermo, y que su fin se adivinaba próximo, hizo desaparecer su temor de que yo me vengara de él. Así me enteré de la canallada que Conrad Winters cometió con mi madre, hace años... Como, ciertamente, era ya muy tarde para ajustarle las cuentas al viejo Conrad, decidí vengarme en sus herederos, liquidarlos a todos para que no pudieran disfrutar de su fortuna. Una fortuna que ahora sería mía si Conrad Winters no se hubiera comportado como un cerdo con mi madre. Si se hubiese casado con ella...

—Así que tú mataste a Vera Gabor, Joyce Pickens, Barry Linder y Edward Banks... — murmuró Dick.

—Sí. A los tres primeros, de la misma forma: decapitados. A Edward Banks lo colgué, para que pareciera un suicidio. Y dejé mi disfraz de la Muerte y la guadaña en su armario, para que la policía creyese que él era el asesino. De este modo, no tendría dificultades para llegar hasta ti y mandarte al infierno. Si Edward Banks hubiera muerto como los otros tres, la policía te habría vigilado a ti día y noche, y por dos motivos: podías ser el asesino... o la próxima víctima.

—Eres muy inteligente, debo reconocerlo.

—Mucho, es verdad —sonrió el tipo.

—Y no debes jugar mal al ajedrez.

—Mucho mejor que tú.

—Eso tendrías que demostrarlo. El asesino lanzó una risotada.

—¿Crees que me chupo el dedo, Moore?

—Al contrario, ya he alabado tu inteligencia.

—Sé lo que pretendes, Moore. Sorprenderme al menor descuido.

—Prometo no intentarlo hasta que no finalice la partida —Dick levantó la mano derecha.

Fue una treta.

Llamar la atención del asesino con una mano para actuar con la otra, la que sostenía el vaso de whisky.

Dick arrojó el licor a la cara del tipo.

Este efectuó un disparo, pero cuando ya parte del whisky se le había metido en los ojos, cegándole.

Esta fue la causa de que no acertara.

Dick no le dio tiempo a disparar más balas.

Saltó sobre él felinamente y lo derribó con tremenda violencia. Los dos rodaron por el suelo.

El asesino, al caer, perdió la pistola.

Dick anduvo listo y se apoderó del arma.

—¡Quieto! —ordenó, encañonándole.

El asesino, pese a que aún no podía ver con claridad, le atacó como una fiera rabiosa. Dick le propinó un durísimo golpe en la cabeza, con la pistola.

El tipo emitió un sonido ronco y cayó de bruces al suelo, donde quedó inmóvil. Dick respiró hondo al verlo fuera de combate.

Sin soltar la pistola automática, se acercó al teléfono y marcó el número de Scotland Yard.

El inspector Crown y el detective Mason se personaron en el departamento de Dick Moore minutos antes de que el asesino de Vera, Joyce, Barry y Edward recobrara el sentido.

Interrogado por Crown, el tipo, convenientemente esposado ya, confesó llamarse Rocky Cole, ser hijo de Myrna Golding, casada con Ed Cole.

El inspector Crown separó a Dick Moore unos metros de Rocky Cole y le preguntó:

—¿Cree usted la historia del tipo? Lo que según él le hizo Conrad Winters a su madre... Dick movió la cabeza en sentido negativo.

—Tío Conrad jamás hubiera hecho una cosa así, estoy seguro. Myrna Golding mintió a su hijo, ella sabrá por qué. De todos modos, lo mejor será hablar con tío Conrad. Él lo aclarará todo, estoy seguro.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Moore. Iremos a ver a su tío.

* * *

El viejo Conrad Winters se hallaba en la biblioteca, materialmente hundido en un sillón, cuando recibió la visita de Dick Moore y del inspector Crown.

Sin informarle por el momento de que también Joyce, Barry y Edward habían sido asesinados, Dick le refirió lo que había sucedido con él, así como también la explicación que había dado Rocky Cole, el asesino de Vera.

Conrad Winters apretó sus descarnadas mandíbulas.

—Esa zorra mintió a su hijo como me mintió a mí hace años... — masculló —. Cuando Myrna Golding entró en esta casa como sirvienta, ya estaba embarazada de dos meses. Lo supe después, cuando ella me confesó que estaba esperando un hijo, y que el hijo era mío. Yo sospeché inmediatamente que mentía, as: que contraté los servicios de un detective privado muy competente, el cual averiguó que Myrna Golding, antes de entrar a mi servicio, había mantenido relaciones con infinidad de hombres, uno de los cuales, ni siquiera la propia Myrna sabía cuál, era el padre del hijo que esperaba. El detective averiguo también que Myrna había entrado a mi servicio con el preconcebido fin de seducirme con sus innegables encantos, conseguir que yo mantuviera relaciones íntimas con ella, y luego hacerme creer que el hijo que ya se gestaba en sus entrañas, era mío. Como yo era soltero, esperaba conseguir que me casara con ella.

Conrad Winters se tomó un respiro y continuó:

—Cuando le dije que lo sabía todo, se puso muy furiosa y me amenazó con

armar un buen escándalo si no le entregaba cincuenta mil libras. Porque, pese a todo, me dio lástima, le ofrecí mil en vez de denunciarla a la policía. Ella no las aceptó y marchó. No volví a verla, aunque seguí recibiendo noticias suyas a través del detective privado. Así, supe del nacimiento de su hijo, hecho que tuvo lugar a los siete meses justos de haber entrado a mi servicio. Un hijo fuerte y robusto. De sietemesino, nada. Fue la prueba definitiva de que las averiguaciones del detective habían sido correctas y exactas.

Dick Moore le tomó una mano y se la oprimió cariñosamente.

—Yo nunca creí en la historia de Rocky Cole, tío Conrad. Así se lo dije al inspector Crown.

—Es cierto, señor Winters —asintió Crown.

El anciano miró a Dick y le sonrió, agradecido.

—Eres un buen muchacho. También el inspector Crown es una buena persona. A los dos os agradezco que hayáis querido ocultarme que Joyce, Barry y Edward también han muerto...

Dick y el inspector se miraron, sorprendidos.

—¿Cómo has sabido que...? —inquirió Dick.

Los cansados ojos del viejo Conrad se empañaron de lágrimas.

—Los periodistas se enteran de todo muy de prisa, casi al mismo tiempo que la policía. He recibido llamadas de varios de ellos. Así me he enterado... —explicó.

—¡Malditos! —barbotó Dick. Conrad Winters forzó una sonrisa.

—No importa, Dick. Antes o después me habría enterado.

—Pero tu salud...

—Mi fin está próximo, lo presiento. Pero no temo a la muerte. Lo único que siento es que Vera, Joyce, Barry y Edward hayan muerto antes que yo. Ellos eran jóvenes, sanos, fuertes...

A Dick se le hizo un nudo en la garganta al ver las lágrimas que resbalaban ya por las pálidas mejillas del anciano.

—No hables más, tío Conrad. Descansa...

—Aún quiero decir algo más, Dick. Se trata de mi testamento. En él no figura esa condición que os impuse a los cinco. Hubierais percibido igual cada uno vuestra parte aunque no hubieseis conseguido derrotarme ni una sola vez al ajedrez. No era más que una amenaza, para obligaros a aprender a jugar bien.

—Ya sospechaba que era así —sonrió Dick.

—Ahora todo será para ti —anunció el enfermo.

—Ojalá tarde mucho en heredar. Lo digo de todo corazón.

—No es necesario que lo digas. Lo puedo leer en tus ojos —repuso el viejo Conrad, emocionado.

El inspector Crown carraspeó suavemente y dijo:

—Bien, yo tengo que marcharme. He de visitar a Myrna Golding. Es tan responsable como su hijo de lo sucedido. ¿Viene usted, señor Moore?

—No, yo me quedo con tío Conrad. Pasaré la tarde con él.

—Gracias, Dick. Me hará mucho bien tu compañía —sonrió el anciano. El inspector Crown se despidió de ambos y abandonó la biblioteca

EPILOGO

Cuando Dick Moore regresó a su apartamento, eran casi las ocho y media. No había hecho más que despojarse de la chaqueta, cuando llamaron a la puerta.

Dick abrió.

—Marion...—pronunció.

—Hola, Dick —sonrió suavemente la hija del presidente del Club Alfil.

—Qué alegría verte de nuevo.

—He vuelto porque me he enterado de lo sucedido. El rostro de Dick se ensombreció.

—Ha sido horrible, Marion.

—Monstruoso, lo sé. Incluso tú estuviste a punto de morir.

—¿Lo hubieras sentido mucho?

—Mucho.

—¿Quieres pasar, Marion?

—Gracias.

Marion Ritter entró en el apartamento.

Dick cerró la puerta y condujo a la joven al living.

—¿Te apetece una copa. Marion?

—Más tarde, quizá.

—Como prefieras.

—¿Jugamos una partida? —sugirió ella, señalando al ajedrez.

—Bueno —sonrió Dick.

Se sentaron el uno frente al otro, como por la mañana.

—¿Sigues teniendo necesidad de aprender, Dick? —preguntó Marion.

—No. Pero quiero aprender, para darle una satisfacción a tío Conrad. Y deseo que seas tú quien me enseñe —respondió Moore.

—Si te portas bien, te enseñaré.

—¿Acaso me he portado mal?

—Sí.

—Lo de la cabaña sólo fue una broma, ya te lo dije.

—Yo lo tomé en serio.

—Porque te falta madurez.

—No empecemos de nuevo, Dick, o te tiro la torre a la cabeza.

—Mientras sigas enfadándote con tanta facilidad, te consideraré una chiquilla, pese a tus formas de mujer.

Marion, furiosa, cogió una de ¡as torres y se la tiró a la cabeza. A Dick no le fue difícil esquivar el proyectil.

Marion le arrojó un caballo. Un alfil...

La dama...

Cuando iba a arrojarle el rey, Dick sa4tó sobre ella y la derribó sobre el diván, inmovilizándole rápidamente los brazos.

—¡Suéltame, bandi...!

No llegó a pronunciar el «do», pues la boca de Dick cubrió la suya. Fue un beso largo y apasionado.

Marion, al principio, luchó por impedirlo. Luego, ya no.

Su furia desapareció, su cuerpo se relajó, y sus labios se tornaron dulces y cariñosos.

Al darse cuenta de que la joven se había calmado por completo, Dick separó sus labios de los de ella y la miró a los ojos.

—Te quiero, Marion.

—Es un sentimiento recíproco, Dick —confesó ella.

Dick quiso besarla de nuevo, pero Marion le contuvo y rogó:

—Cógeme en brazos y llévame a tu dormitorio.

—¿Para qué?

—Quiero demostrarte que soy tan mujer por dentro como por fuera.

—Si quieres que me acueste contigo, antes tendrás que casarte conmigo. Marion pestañeó.

—Se supone que esa condición debería ponerla yo, que soy la mujer...

—Los tiempos están cambiando. ¿Cuál es tu respuesta? Marion le sonrió amorosamente

—Me encantará ser tu esposa, Dick.

—Mañana mismo hablaré con tu padre.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque esta noche tengo que librarme definitivamente de la Cobra.

—¡Eh! Un momento. ¿Quién es la Cobra? —interrogó Marion, frunciendo el ceño.

—Una artista de strip-tease. Ella tuvo la culpa de que anoche llegase con tanto retraso a la cita de tío Conrad —carraspeó Dick.

—¡Hombre, al fin me enteré de la causa de tu retraso!

—Cortaré con ella, no te preocupes.

—¡Naturalmente que cortarás! De ahora en adelante, tendrás que conformarte con los strip-tease que te haga yo.

—Estoy seguro de que serán mucho más interesantes —sonrió Dick Moore, y selló de nuevo la boca de Marion Ritter con otro ardoroso beso.

FIN